# LAS *Mejores* RELACIONES

## *Variaciones de Orgullo y Prejuicio*

CATHERINE BILSON

# Las Mejores Relaciones

Una Variación de Orgullo y Prejuicio

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Copyright en inglés 2015

Copyright en español 2024

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir, distribuir ni transmitir ninguna parte de esta publicación en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos, entre otros, fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo permita expresamente la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos.

Las historias, los nombres, los personajes y los eventos representados en esta publicación son ficticios. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas), lugares, edificios y productos reales es pura coincidencia y no intencional.

# Tabla de contenido

1. Prólogo

2. Capítulo Uno

3. Capítulo Dos

4. Capítulo Tres

5. Capítulo Cuatro

6. Capítulo Cinco

7. Capítulo Seis

8. Capítulo Siete

9. Capítulo Ocho

10. Capítulo Nueve

11. Capítulo Diez

12. Epílogo

13. Relaciones Infames - Capítulo de muestra

Otros libros de la autora Catherine Bilson



# Prólogo

*LONGBOURN*

*4 de noviembre de 1811*

*Mi querida tía Gardiner:*

*¡Espero que no me reproches mi terrible tardanza en responder a tu última carta! Hemos estado tan ocupadas aquí que algunos días apenas sé si estoy de cabeza o de pie. Empezaré primero con la noticia más emocionante: ¡nuestra querida Jane está enamorada! Sí, tía, y de un joven muy agradable llamado señor Bingley, quien recientemente ha alquilado Netherfield. Lo conocimos en la Asamblea de Meryton celebrada hace unas tres semanas y, por supuesto, siendo un joven sensato y perspicaz, inmediatamente percibió que Jane era la joven más hermosa del salón y pasó toda la noche mirándola fijamente, ¡cuando no estaba bailando con ella! Su contacto desde entonces solo ha aumentado el aprecio por ambas partes, me complace decir. Mamá, por supuesto, ya los imagina casados y no puede hablar de otra cosa que no sean carruajes y dinero para alfileres, pues el señor Bingley es bastante rico.*

*Estamos invitados a Lucas Lodge esta noche, y espero ver a Jane y al señor Bingley juntos allí. Tú conoces a Jane, no le gusta expresar sus sentimientos, pero me ha dicho que se encuentra en gran peligro de enamorarse de él. Solo puedo pensar que es algo bueno, pues él claramente ya está muy enamorado de ella, ¿quién no lo estaría? Creo que le convendrá muy bien, pues es tan encantador y alegre como ella, aunque algo más sociable en compañía. El único inconveniente, o inconvenientes, más bien, son sus dos hermanas extremadamente altivas, la señora Hurst y la señorita Bingley. Parecen creerse muy por encima de la compañía aquí en Meryton, lo cual es abominablemente presuntuoso de su parte. Tú sabes que no soy esnob, querida tía, pero no tienen motivos para dárselas de grandes ante la nobleza local, por muy rico que sea su hermano, ¡porque su riqueza proviene del comercio!*

*El señor Bingley también tiene un amigo de visita, un tal señor Darcy, aún más rico que él, quien también parece creerse muy por encima de la compañía. En la Asamblea, fue bastante escandalosamente grosero con todos, y me insultó particularmente, aunque encontré en mí la fuerza para reírme de él. Te relataré aquí sus palabras, tía, ¡y verás cómo hirió mi vanidad! El señor Bingley estaba presionando al señor Darcy para que bailara, y me señaló como posible pareja; ¡el señor Darcy me declaró "pasable, pero no lo suficientemente guapa como para tentarlo"! Cómo nos reímos Charlotte y yo; pero debo confesar que me sentí un poco herida. Querida tía, te ruego que no pienses mal de mí por ello, pero incluso en comparación con Jane no estoy acostumbrada a ser descartada tan fácilmente. Me vengaré, sin embargo, entiendo que el grupo de Netherfield también está invitado a Lucas Lodge y pensaré en algo mordazmente desdeñoso para decir sobre el señor Darcy en su presencia.*

*Y así debo concluir, pues es hora de que vaya a vestirme para la velada. Solo terminaré diciendo que espero que tú y el querido tío estéis muy bien, y todos mis queridos primos también. ¡Prometo fielmente no dejar pasar tanto tiempo antes de responder cuando vuelva a saber de ti!*

*Tu amorosa sobrina,*

*Lizzy*



*Gracechurch-street*

*10 de noviembre de 1811*

*Queridísima Lizzy:*

*¡Por supuesto que estás perdonada por tu tardanza en responder! Recibí una carta de Jane en el ínterin, así que no he estado totalmente ignorante de las noticias, aunque me alegro de que me hayas iluminado sobre sus verdaderos sentimientos. Ella mencionó al señor Bingley solo una vez en su epístola, describiéndolo como "un agradable nuevo vecino", aunque se explayó sobre el tema de sus hermanas, llamándolas nuevas y queridas amigas. No dudo que tus descripciones sean más acertadas, porque todos sabemos que la querida Jane está un poco demasiado inclinada a pensar lo mejor de todo el mundo. Protege su corazón, Lizzy; no me gustaría verla herida. ¡Esperaré lo mejor y pronto una invitación a una boda!*

*Todos estamos bien aquí. Emily ha tenido un ligero resfriado pero ya está recuperada. Practica el pianoforte sin que se le diga, y habla incesantemente de visitarnos en Navidad cuando puedas*

*darle algunas lecciones más, ¡si eres tan amable! Creo que estarás encantada; está progresando bien y desarrollando una bonita voz para cantar, ¡si crees a su orgullosa mamá! Thomas y Lily también están bien; a Thomas ya le han puesto pantalones y parece un fino caballerito. Está avanzando bien con sus letras y números. Anna apenas daba sus primeros pasos cuando os vimos la primavera pasada, ¡y ahora corre por todas partes! Una niña muy enérgica, creo que quizás heredará tu amor por los largos paseos.*

*Una nota sobre tus paseos, querida Lizzy: Jane mencionó que la Milicia de ____shire está acampada recientemente en Meryton. Debo advertirte que puede haber tipos rudos entre esas filas y quizás no sea prudente que camines tanto sola, fuera de las tierras de Longbourn. Incluso acompañada por tus hermanas, si os encontrarais con un grupo de hombres bebidos en algún lugar aislado, podría no terminar bien para vosotras. No busco asustarte, queridísima sobrina, pero debes saber que hay maldad en este mundo. Y a pesar de lo que dijo el amigo del señor Bingley sobre ti, ¡tú y todas tus hermanas sois más que lo suficientemente guapas como para tentar a cualquier hombre!*

*Fue muy grosero por parte del señor Darcy hablar así: obviamente no puede ser el señor Darcy que yo conozco, un caballero muy fino que posee la finca de Pemberley en Derbyshire. Pemberley está a solo cinco millas de Lambton, donde yo crecí —estoy segura de habértelo contado muchas veces— y aunque el señor Darcy supongo que tiene una edad como para ser amigo del señor Bingley de Jane, y ciertamente no rechaza amigos en el comercio (cena con nosotros bastante a menudo cuando está en la ciudad), no puedo imaginarlo siendo tan grosero con ninguna joven dama.*

*No te aflijas por las palabras de un tonto incivilizado, queridísima Lizzy. Eres hermosa, ¡y yo misma he visto cómo los jóvenes revolotean a tu alrededor en los bailes! E intenta no ser directamente grosera con nadie, aunque confieso que me reiré discretamente cuando me cuentes qué respuesta ingeniosa se te ocurrió para decir en presencia del señor Darcy en la fiesta de los Lucas.*

*Anna despertará de su siesta en breve y me necesitará, así que terminaré diciendo que espero que todos estén bien en Longbourn y que tu tío y yo esperamos con ansias verlos a todos en Navidad. Si fueras tan amable de informar a tu madre que planeamos viajar hacia allá el lunes 23 y quedarnos una semana; nos han invitado a una fiesta muy elegante en casa de un importante conocido en Nochevieja y tu tío y yo preferimos no perdérnosla. He encargado un vestido muy glamuroso para la ocasión, y aunque no quisiera arrugarlo trayéndolo conmigo, me esforzaré por hacerte un boceto.*

*Todo mi amor como siempre,*
*Tu querida*
*Tía Madeline*



*Longbourn*
*Domingo 17 de noviembre*
*Querida tía:*
*Acabo de regresar hoy a Longbourn y he recibido tu carta. Sí, he estado fuera, aunque no lo mencioné en mi última misiva. No te alarmes por lo que voy a contarte, pues todo está bien ahora, pero Jane enfermó gravemente cuando cenaba con la señora Hurst y la señorita Bingley en Netherfield el martes pasado, y he estado allí cuidándola hasta su recuperación. Ahora está mucho mejor de su terrible resfriado y vuelve a ser ella misma, y debo decirte que ¡creo que el señor Bingley está más enamorado de ella que nunca! No dudo que lo encontraremos en la puerta de Longbourn en un día o dos preguntando por su salud.*
*Me alegro mucho de que Emily también se haya recuperado de su resfriado: espero que nadie más lo haya contraído, especialmente tú, querida tía, ¡bien sé que no te pones en primer lugar incluso cuando estás enferma! Te ruego que si por alguna desgracia enfermas, mandes a buscarme a mí o a Jane de inmediato; vendremos encantadas a aliviar toda la carga que podamos de tus hombros, ¡para que te recuperes lo antes posible! Y por favor, dile a Emily que espero con ansias escucharla tocar y cantar, seguro que pronto estará más allá de cualquier mejora que una lección mía pueda ofrecer. ¡Cómo desearía que la Navidad se apresurara para que podamos verlos a todos de nuevo! Besa a Thomas, Lily y Anna de mi parte también, eso si Thomas no se cree ya demasiado mayor para los besos, por supuesto.*
*Querida tía, hay una parte de tu carta que me desconcierta enormemente. El señor Darcy que conoces debe ser el mismo que está en Netherfield con el señor Bingley; ¡seguramente no pueden existir dos propiedades llamadas Pemberley en Derbyshire que pertenezcan a un señor Darcy! Sin embargo, lo encuentro demasiado orgulloso para relacionarse con alguien en Hertfordshire; me mira solo para encontrar fallos y criticar todo lo que digo. Quizás ha pasado demasiado tiempo con la señorita Bingley, quien está muy decidida a ganarse su favor. Cada palabra que sale de la boca de la señorita Bingley muestra que ella se considera muy por*

*encima de nuestra compañía y no puede esperar para irse de aquí. Separaría a su hermano de Jane si pudiera, pero no creo que él la escuche. Tal vez debería provocar más al señor Darcy reclamando a ti y a mi tío como conocidos mutuos; ¿crees que lo admitirá frente a la señorita Bingley? ¡Ella sabe que tenemos parientes en Cheapside y es muy condescendiente al respecto!*

*Debo admitir que el señor Darcy parece un hombre muy inteligente. Cada vez que estoy en su compañía terminamos enfrentándonos verbalmente y él mantiene bien su parte en la discusión. Sin embargo, me acusó de defender opiniones que no son mías deliberadamente para crear discordia, ¡imagínate!*

*Tomo muy en serio tu advertencia sobre la Milicia, querida tía. Las cabezas de Kitty y Lydia no han estado llenas de otra cosa que oficiales y coqueteos desde que llegaron aquí, y debo decir que los oficiales parecen ser tipos agradables y caballerosos, pero por supuesto los soldados de rango pueden ser algo rudos. El clima se está volviendo frío y hemos tenido uno o dos días lluviosos que han restringido mis paseos de todos modos, pero me aseguraré de mantenerme solo en caminos muy transitados cuando camine, ya sea sola o con mis hermanas, y les advertiré que hagan lo mismo.*

*Todos estamos bien aquí en Longbourn, ahora que Jane se ha recuperado y ambas estamos en casa. El señor Bingley ha hablado de dar un baile en Netherfield Park, así que estamos todas alborotadas. Jane tiene un vestido nuevo en blanco y dorado; parece un ángel, por supuesto. La provoqué diciendo que deberíamos hacerle alas de plumas de ganso para completar la imagen y se sonrojó intensamente. Escuché al señor Bingley describirla como un ángel en compañía una vez y me he preguntado si se lo ha susurrado directamente, ¿para hacerla sonrojar así? Jane generalmente me cuenta todo, pero nunca antes ha estado enamorada, ¡debo permitirle algunos secretos! Estoy rehaciendo mi vestido azul con algunas cintas nuevas y ese hermoso trozo de encaje que me enviaste para mi cumpleaños, para adornar el escote. Lo había estado guardando para una ocasión especial y esta podría serlo, si el señor Bingley solo hace lo que esperamos.*

*Pero no más de eso. Empezaré a sonar como mamá con el tema. Por supuesto, le informé de tus planes de viaje, querida tía, y todos estaremos muy contentos de verlos, aunque lamentamos que no puedan quedarse más de una semana. ¡Por favor, cuéntame más sobre ese evento de Nochevieja y describe tu vestido especial, o al menos incluye tu boceto en tu próxima carta, estoy ansiosa!*

*Bueno, ya he cruzado la página por completo, así que me despediré,*

*Tu cariñosa sobrina,*

*Lizzy*



*Gracechurch-street*

*20 de noviembre de 1811*

*Queridísima Lizzy:*

*Escribiré esto rápidamente porque quiero enviarlo de vuelta por correo. Todos estamos bien aquí y me alegro de saber que Jane se ha recuperado.*

*Lizzy, estoy sumamente confundida por tu descripción del señor Darcy. ¿Puede haber algún malentendido? Es el mejor de los hombres. Lo conozco desde su nacimiento: es solo tres años menor que yo. De hecho, ¡es un primo lejano mío! El negocio del abogado en Lambton que mi padre poseía fue iniciado por el bisabuelo del actual señor Darcy como regalo para su hijo menor. Mi abuela era la hija de ese vástago menor, y el negocio ha permanecido en nuestra familia desde entonces. El señor Darcy -y su padre- han sido los más gentiles amos de la finca de Pemberley, que te diré si aún no lo sabes, es una de las más grandes del país. La familia Darcy posee cerca de la mitad de Derbyshire, y tierras en muchos otros condados además, y no conozco a nadie que no los considere los mejores amos posibles.*

*Pero además de eso, tanto tu tío como yo conocemos bien al señor Darcy personalmente. Es socio de Importaciones Gardiner y, después de mostrarle a tu tío tus dos últimas cartas, me informa que también ha tratado varias veces en excelentes términos con el señor Bingley. Debo suplicarte que no antagonices al señor Darcy, y si aún no has mencionado tu conexión familiar con nosotros, te ruego que no lo hagas de ninguna manera que pueda considerarse irrespetuosa hacia él.*

*Debo ir a llevar esto al correo, ruego que todos estéis bien en Longbourn,*

*Tu cariñosa*

*Tía Madeline*



*Longbourn*

*23 de noviembre*

*Queridísima tía:*

*Solo has conseguido confundirme aún más. ¡He conocido a otro viejo conocido del señor Darcy que no tiene nada bueno que decir de él, de hecho, sus palabras solo han confirmado mis impresiones iniciales, y últimamente reforzadas, sobre el hombre! Hablo de un tal señor Wickham, el hijo del difunto administrador de Pemberley, a quien el difunto señor Darcy prometió un beneficio en su testamento. ¡El actual señor Darcy se negó a honrar el legado! Comportamiento escandaloso, y hacia un joven con mucho que recomendar, que se ve reducido a tener que aceptar un puesto en la Milicia para mantenerse. ¿Conoces también al señor Wickham? Lo hemos conocido últimamente y debo decir que lo he encontrado bastante encantador.*

*Me temo que tu amigo el señor Darcy —y pariente lejano, aunque es difícil creer que un hombre así pueda estar emparentado con alguien tan buena y amable como tú— debe mostrar dos caras al mundo, una a quienes considera dignos de su consideración y otra muy distinta a quienes no.*

*Pero basta de ese hombre desagradable. Debo relatarte una historia de otro caballero divertido. ¿Qué crees? ¡Nuestro primo, el señor Collins, ha venido de visita! Es él, por supuesto, a quien se vincula Longbourn tras el fallecimiento de papá. Le escribió una carta a papá y se queda con nosotros hasta finales de mes. No puedo considerarlo un caballero sensato, aunque es clérigo en una parroquia llamada Hunsford en Kent. Habla poco de la Palabra del Señor, pero mucho sobre las palabras de su mecenas, una tal Lady Catherine de Bourgh, que a mí me suena como una mujer entrometida y controladora de lo más espantosa.*

*Muy desafortunadamente, nuestro primo parece pensar que debería presentar una rama de olivo para compensar las lamentables circunstancias que lo verán heredar Longbourn algún día, y parece pensar que dicha rama de olivo debería consistir en seleccionar una novia entre las hijas de mi padre. Jane afortunadamente quedó exenta de sus espantosas atenciones ya que mamá insinuó muy firmemente que probablemente se comprometería pronto, pero esto solo ha hecho que ponga sus miras en mí.*

*Ay, tía, me encuentro en una situación de lo más incómoda. De ninguna manera causaría dolor a ningún miembro de mi familia, pero mamá está haciendo todo lo posible por imponerme al señor Collins y no puedo soportarlo. No puedo quererlo, no puedo respetarlo, y la idea de ser su esposa me revuelve el estómago. Rezo por poder disuadirlo de pedirme matrimonio, y que si fuera demasiado obtuso para captar la indirecta, que mi padre no me obligue a aceptarlo. No*

*puedo pensar que papá lo haría jamás, pues él también deja claro que considera al señor Collins un bufón, pero luego mamá...*

*Bueno, cruzaré ese puente cuando llegue a él, y mientras tanto confío en ti, querida tía, ¿quizás puedas proporcionarme alguna pista o dos para desalentar a pretendientes no deseados? ¡Recuerdo que el tío dijo riendo que todos los jóvenes de Derbyshire se rompieron el corazón por ti cuando él te robó!*

*Todos estamos bien aquí, aunque el tiempo miserable nos mantiene encerrados. ¡Agradezco la obligación de responder tu carta, querida tía, ya que significa que tengo una excelente excusa para evitar estar en compañía del señor Collins durante una hora! (Perdóname. Nunca es una tarea escribirte).*

*Espero que todos estéis bien en Gracechurch Street y espero con cada vez mayor anticipación veros en Navidad.*

*Tu cariñosa sobrina,*

*Lizzy*



# Capítulo Uno

## Lunes 25 de noviembre de 1811

LA CENA EN LONGBOURN fue interrumpida, y grandemente sorprendida, por la entrega de un mensaje urgente desde Londres, con la letra de la señora Gardiner, dirigido al señor Bennet. La señora Bennet inmediatamente tuvo un ataque de nervios, imaginando que su hermano había caído enfermo, pero el señor Bennet rápidamente la tranquilizó, frunciendo el ceño mientras desdoblaba la carta.

—Deje ir al mensajero, Hill, no es necesaria una respuesta —le dijo a la señora Hill, que esperaba junto a la puerta, y cuando ella la cerró, miró alrededor de la mesa hasta que sus ojos se posaron en Elizabeth.

—Señora Bennet —dijo, aún mirando a su segunda hija—, le ruego que se prepare para otro huésped. Nuestra hermana, la señora Gardiner, estará con nosotros antes del mediodía de mañana. Elizabeth, te veré en mi biblioteca una vez que hayas terminado tu comida.

—Sí, señor —respondió Lizzy, con el ceño fruncido por la confusión, recordando su última carta a la señora Gardiner. ¿Qué podría haber dicho que provocara una respuesta tan drástica?

—¿Y yo, señor Bennet? —el señor Collins tragó el bocado que estaba masticando y se medio levantó.

—¿Por qué necesitaría verle a usted, señor Collins? —el señor Bennet, que se había levantado de su silla y estaba a medio camino de la puerta, se volvió y miró a su primo.

—Bueno, si es un asunto urgente concerniente a mi queridísima prima Elizabeth, entonces necesariamente debe concernirme a mí también —hizo una torpe media reverencia y una sonrisa afectada en dirección a Elizabeth. Ella procuró no mirarlo y se contentó con fulminar con la mirada a Kitty y Lydia, que inmediatamente habían empezado a reírse ante esta declaración.

—El asunto no *concierne* a Elizabeth, señor. Simplemente deseo consultarle al respecto. —El señor Bennet lanzó una mirada severa al señor Collins—. Si llegara a necesitar su consejo sobre

el asunto, tenga la seguridad de que se lo pediré en su debido momento. —Salió de la habitación, cerrando firmemente la puerta tras de sí.

Elizabeth descubrió que había perdido por completo el apetito. Ignorando las impertinentes preguntas que Lydia le dirigía sobre qué demonios estaba pasando, dio un último sorbo a su té, dejó su servilleta y se excusó en voz baja para atender a su padre. Lo encontró en su biblioteca, mirando fijamente el cielo que se oscurecía mientras la lluvia caía. La puerta había quedado abierta para ella, así que entró sigilosamente y la cerró con suavidad.

—¿Papá? —dijo en voz baja—. ¿Deseabas verme?

—Solo espero que puedas arrojar algo de luz sobre el asunto, Lizzy, querida —se volvió y le sonrió, señalando su escritorio. Ella vio entonces que la carta desdoblada yacía sobre él—. Léela, léela, y quizás puedas explicarme qué se trae entre manos tu tía.

Lizzy miró de su padre, que sonreía alegremente, a la carta y de vuelta. No podía ser un asunto urgente o serio, razonó; su padre parecía esperar divertirse mucho. Tomó la carta y se acercó a la vela sobre el escritorio para leerla.

*—Calle Gracechurch*

*Lunes 25 de noviembre*

*Mi querido hermano Bennet:*

*Primero, permíteme asegurarte que todo está bien aquí, ya que sé que ese será el primer temor de Fanny. Segundo, debo pedirte tu indulgencia y visitaros a todos en Longbourn mañana por la mañana. Debería estar con vosotros antes del mediodía; Edward me envía en su carruaje con el señor Jameson y mi doncella para atenderme. Espero estar con vosotros solo uno o dos días antes de regresar a Londres.*

*No puedo explicar todo esto por escrito, si pudiera habría escrito una carta, pero solo puedo decir que he recibido noticias de Lizzy de naturaleza muy seria, aunque ella no puede saberlo. Os lo explicaré todo cuando esté con vosotros, pero por ahora, por favor, concédeme el favor de asegurarte de que ningún miembro de tu familia tenga contacto con el oficial de la Milicia, el señor Wickham.*

*Madeline Gardiner*.

Elizabeth leyó la nota dos veces, boquiabierta. Luego la dejó sobre el escritorio y miró a su padre con confusión.

—Veo por tu expresión que no tienes más idea de lo que esto significa que yo, Lizzy —dijo el señor Bennet secamente—. Tu tía dice ella misma que tú no puedes saber qué noticias le

comunicaste. ¿Algo relacionado con este señor Wickham? He oído ese nombre entre las risitas de Lydia y Kitty estos últimos días, pero no pensé que hubiera salido de tus labios.

—He conocido al caballero, señor. —Lizzy se sentó en el asiento que su padre le indicó con un gesto, y él tomó su cómoda silla junto a ella—. Estoy segura de que me oíste hablar de él, ¿no estabas presente cuando hablamos de que el señor Darcy le negó el curato?

—¡Ah, así que era ese hombre! Bueno, debe ser un hombre de Derbyshire, entonces; quizás tu tía sepa algo de él que nosotros no. Seguiré su consejo, aunque no me costará nada, supongo, ya que no saldremos esta noche. Mañana la lluvia podría cesar, pero sin duda todas estaréis preparándoos para el baile. Simplemente emitiré un edicto de que nadie puede ir a Meryton, que cualquier cinta que se necesite tendrá que ser seleccionada de las que ya hay en la casa, y así no correremos peligro de encontrarnos con el señor Wickham hasta después de que llegue tu tía.

Elizabeth estuvo de acuerdo, esforzándose por recordar exactamente qué había dicho en su última carta. —Papá —dijo después de un momento—, el señor Wickham no fue el único nuevo conocido que mencioné en mi última carta; también le hablé de la visita del señor Collins. Y... eh... de sus atenciones hacia mí.

El señor Bennet, que estaba en proceso de tomar su libro, la miró por encima de sus gafas. —No habrá hecho ningún avance, ejem, *indecoroso*, ¿verdad, Lizzy? —preguntó en un tono repentinamente serio.

—Solo avances no deseados, nada que pudiera traspasar los límites de la propiedad —dijo Elizabeth, y la sonrisa amable y divertida de su padre la animó a decir—: No me harías casarme con él, ¿verdad, papá?

—No permitiría que ese bufón torpe se casara con ninguna de mis hijas ni por veinte Longbourns, Lizzy, y mucho menos contigo. No lo consideres ni por un momento. Tu madre puede estar convencida de que todas morirán de hambre en los setos, pero yo tengo plena confianza en que viviré para ver a todas ustedes cómodamente establecidas. Y ten por seguro que tu madre sabe muy bien que su situación no es tan desesperada como todo eso. ¿Sus cinco mil libras, que se dividirán equitativamente entre todas ustedes tras su fallecimiento? Los ingresos de la inversión de ese dinero en los Fondos se han estado acumulando muy bien durante varios años y serán más que suficientes para verla cómodamente establecida, si ella y sus nervios me sobreviven. El año pasado, tu tío Philips me ayudó a comprar dos casitas en Hatfield con parte de esos ingresos; están alquiladas y la renta se reinvierte. Cualquiera de ellas le proporcionaría un buen hogar y la renta de la otra aseguraría que su mesa nunca estuviera vacía. Así que no te preocupes por tu madre.

—¿Ella sabe sobre esto? —dijo Elizabeth, con la boca abierta.

—¡Por supuesto que lo sabe! —resopló el señor Bennet—. Pero me temo que tu madre se considera la anfitriona principal del vecindario, siendo la señora de Longbourn, y perder ese prestigioso título sería bastante ofensivo. En consecuencia, busca mejorar la posición de todos nosotros casándolas bien. Ver a una de ustedes como la señora Collins aseguraría que ella nunca tuviera que dejar Longbourn, ¿no es así? —Levantó su libro de nuevo—. No tengo preocupaciones sobre el señor Collins, querida, y tu tía y tu tío saben muy bien que ninguna de ustedes necesita casarse por algo que no sea afecto. Ahora vete. Y si puedes encontrar en ti la fuerza para tolerar al tonto un poco mejor sabiendo que ciertamente no te obligarán a casarte con él, te ruego que puedas mantenerlo en la sala contigo por un tiempo y dejar a tu pobre y viejo papá en paz con su libro.

Impulsivamente, Elizabeth se puso de pie de un salto, se inclinó y besó su mejilla canosa. —Lo toleraré con gusto con tal conocimiento, papá. Disfruta tu libro y haré lo posible para asegurar que te dejen en paz.

El señor Bennet sonrió, viéndola salir de la habitación con un paso alegre. Miró la carta sobre el escritorio, frunció ligeramente el ceño y luego la descartó de su mente. Pronto sabría de qué se trataba todo ese alboroto.

La señora Bennet inmediatamente presionó a Elizabeth por respuestas cuando entró en la sala, pero ella solo pudo negar con la cabeza y decir que la carta de su tía no le había aclarado cuál podría ser la urgencia. Jane le dirigió una mirada expresiva, pero Elizabeth se encogió de hombros ligeramente en respuesta. Abrazando las garantías de su padre, toleró las atenciones oficiosas del señor Collins durante el resto de la noche con paciente aquiescencia, complaciendo por una vez a su madre, quien sonreía y sonreía felizmente.

Era casi la hora de dormir cuando la señora Bennet se levantó de su silla sobresaltada con una mirada de alarma y salió corriendo, sin decir una palabra, hacia la biblioteca. Sus hijas se miraron desconcertadas, y aún más cuando ambos padres salieron cinco minutos después, el señor Bennet con un sobre en la mano y una expresión de resignación en el rostro. Se le oyó enviar al señor Hill a llamar a Adams, el mozo de cuadra, y unos minutos después la señora Bennet volvió a entrar en la sala con una sonrisa satisfecha.

—¡Cielos, mamá! ¿De qué se trataba todo eso? —Típicamente, fue Lydia quien preguntó.

—Las señoritas no deben exigir saber todos los asuntos de sus mayores y superiores —dijo el señor Collins con un resoplido, pero la señora Bennet lo ignoró y respondió a su hija menor.

—Pues, el baile de mañana por la noche, por supuesto, Lydia. No podíamos dejar que tu tía Gardiner se quedara en casa. Adams cabalgará hasta Londres esta noche y se asegurará de que traiga un vestido adecuado.

—¡Pero no ha sido invitada! —proclamó Mary de inmediato.

La señora Bennet desestimó eso con un gesto de su mano. —Vaya, eso no tiene importancia. Enviaremos una nota por la mañana. Jane puede escribir a la señorita Bingley, informándole de la llegada inesperada de mi hermana. Un invitado más entre más de cien no hará ninguna diferencia, estoy segura, y podremos usar el carruaje de mi hermano para transportarnos además del nuestro.

Jane parecía un poco incómoda por la imposición, pero estuvo de acuerdo. —Espero que Adams esté bien en este tiempo terrible, cabalgando hasta Londres —dijo con su voz suave.

—Tiene toda la noche para llegar allí, y son solo poco más de veinte millas hasta Gracechurch Street —la consoló Elizabeth—. No necesita ir más rápido que al paso, y estoy segura de que se abrigará bien. ¡Escuchen! Creo que incluso puede que haya dejado de llover.

Todas guardaron silencio, escuchando, y una a una estuvieron de acuerdo. Finalmente, la sucesión de lluvia había cesado indeed.

—¡Hurra! —exclamó Lydia—. Podemos caminar hasta Meryton por la mañana, debo tener nuevas rosas para mis zapatos, y quizás veamos a algunos de los oficiales... Esperaba que Denny o Wickham pudieran pedirme el primer baile...

—¡No irán a caminar a ningún lado con este barro! —gritó la señora Bennet—, ¡ni hablar! Se resfriarán de muerte, ¿y quién bailará con ustedes entonces? No, esas rosas que Kitty hizo para tus zapatos servirán muy bien, y en cuanto a los oficiales, no dudo que todos estarán haciendo fila para bailar contigo en el momento en que bajes del carruaje, querida niña vivaz que eres. No, todas a la cama ahora, duerman bien para que se vean brillantes y frescas mañana.



# Capítulo Dos

ELIZABETH DURMIÓ MAL Y se despertó poco descansada. Mirando por la ventana un cielo aún gris y cubierto de nubes, esperaba que no lloviera más y retrasara la llegada de su tía a Longbourn. Pero antes de eso, había mucho que hacer: ella y Jane tenían que terminar algunos pequeños detalles de costura en el vestido de Jane, y luego pensaban bañarse y peinarse mutuamente antes del baile. Era mejor empezar, así que se inclinó hacia el otro lado de la cama y sacudió suavemente a su hermana para despertarla.

Fiel a su buen carácter, Jane se despertó con una sonrisa en los labios y estuvo muy dispuesta a comenzar con los preparativos de inmediato, para estar listas antes de la llegada de su tía. Esto también las mantenía alejadas del señor Collins, a quien se le podía oír dando tumbos por la casa, malhumorado porque no podía pasar la mañana haciendo cumplidos fatuos a Elizabeth, y fuera del camino de Kitty y Lydia, quienes pasaron la mañana discutiendo como de costumbre. Mary se encerró en la sala de música y se la podía oír aporreando el pianoforte, practicando alguna endecha que sin duda esperaba exhibir esa noche. Elizabeth solo podía esperar fervientemente que no se le diera la oportunidad.

Elizabeth acababa de terminar de desatar el último de los rizadores del cabello dorado de Jane —sus propios mechones oscuros eran lo suficientemente rizados como para no necesitarlos— cuando oyeron el sonido de las ruedas de un carruaje afuera.

—¡Nuestra tía está aquí! —y ambas se levantaron apresuradamente de los cojines donde habían estado sentadas frente al fuego. Bajaron corriendo las escaleras y llegaron justo a tiempo para ver a su tía entrar en el vestíbulo.

—¡Tía Madeline!

—¡Querida Jane, querida Lizzy! —abrió sus brazos hacia ellas y se lanzaron contra ella, tal como lo habían estado haciendo durante los últimos diez años desde que se casó con su tío.

Rápidamente se había convertido en su tía favorita, sabia y amable—. Mis queridas niñas, ¡qué placer verlas!

—Hermana —la voz del señor Bennet sonó secamente desde la puerta de su biblioteca—, un placer, sin duda, aunque inesperado hasta anoche. ¿Puede esperar tu asunto urgente hasta que te hayas instalado o debemos hablar ahora?

—Puede esperar, hermano Bennet —sonrió, se acercó y le besó la mejilla—. Te ves bien.

—Tú también —le sonrió con cariño—. ¿Edward está bien? ¿Los niños?

—Muy bien.

—Bien, Jane y Lizzy te pondrán cómoda, estoy seguro, y estaré aquí cuando estés lista —Le hizo una leve reverencia y la dejó con sus hijas.

—Mamá está en el baño, tía, pero permítenos mostrarte el piso de arriba. Oh, Adams —Jane vio entrar al joven mozo de cuadra, cargando un baúl—. Entonces llegaste a Londres a tiempo y con seguridad.

—Sí, señorita Bennet, gracias, señorita Bennet —se sonrojó y se tocó el mechón.

—De hecho lo hizo, y sí, he traído mi vestido nuevo conmigo, aunque no puedo pensar que fuera tan urgente como para enviar a ese pobre joven por el camino toda la noche. Estará bastante exhausto. ¿La nota decía que debía asistir al baile con ustedes? —la señora Gardiner miró a sus sobrinas.

—Sí, tía, envié una nota a la señorita Bingley esta mañana y la respuesta llegó hace una hora, diciendo que por supuesto seríamos bienvenidas a traer a cualquier pariente nuestro —tranquilizó Jane.

—Oh, bien, no querría imponerme por nada del mundo. Ahora que sé que su primo, el señor Collins, está ocupando la habitación de invitados, ¿dónde voy a dormir? Podría compartir con una de ustedes, chicas...

—¡Ciertamente no! —corearon Jane y Elizabeth.

—Jane comparte conmigo, y tú tienes su habitación. La preparamos con sábanas frescas anoche y Hill encendió el fuego a primera hora de la mañana. Debería estar encantadora y acogedora, y haremos que Sarah te traiga agua caliente directamente para que te refresques, y té.

—Bien, y luego debes venir conmigo a ver a tu padre y hablaremos, Lizzy —dijo la señora Gardiner con cierto tono ominoso.

Jane miró a Elizabeth con las cejas levantadas, pero Elizabeth solo pudo encogerse de hombros, con los ojos abiertos de confusión.

—Te ruego que llames a mi puerta cuando estés lista para mí, tía —fue todo lo que pudo decir, y entonces llegaron a la puerta de la habitación de Jane—. Llamaré a Sarah para que te atienda ahora.

—Creo que media hora, Lizzy —fue el comentario de despedida de la señora Gardiner.

Por supuesto, la media hora se extendió mucho más una vez que la señora Bennet se dio cuenta de que su cuñada había llegado. Armó un gran alboroto, exigiendo saber qué desastre había ocurrido a su hermano, o a su sobrino o sobrinas en Londres. A la señora Gardiner le llevó un buen rato calmarla, mientras esquivaba las preguntas impertinentes y tontas de Lydia y Kitty respectivamente. Y luego, una vez que lograron liberarse, la señora Gardiner y Elizabeth se encontraron con el señor Collins en el pasillo de abajo. Por supuesto, tuvo que ser presentado, y pasó unos buenos diez minutos haciendo comentarios fatuos, inclinándose en dirección a Elizabeth cada pocos momentos, mientras la señora Gardiner observaba con ojo sardónico y miraba a Elizabeth a menudo, sonriendo levemente.

El señor Collins incluso intentó entrar en la biblioteca con ellas, pero fue firmemente y no con demasiada cortesía expulsado por el señor Bennet, quien declaró que no había sido invitado a esta discusión particular y privada y que, como tal, podía esperar junto con el resto de la familia cualquier resultado que él pudiera decidir difundir.

—Dios mío —la señora Gardiner se hundió en una silla, sonriendo a su cuñado y a su sobrina—. Dime que no dejarás que Lizzy se case con ese idiota, Thomas.

—Ya he advertido a Lizzy de ese hecho —dijo el señor Bennet con una sonrisa—, y solo espero que el bufón tenga la decencia de proponerle matrimonio al alcance del oído para que pueda divertirme con el rechazo que ella le dará.

—Papá, eso es cruel —amonestó Elizabeth—. Puede que sea un tonto, pero es un hombre decente que tiene buenas intenciones. No me daría ningún placer verme obligada a rechazarlo, y preferiría que le dejaras claro de antemano que su pretensión no sería aceptada. Ciertamente he hecho todo lo posible por hacérselo saber, pero no creo que haya escuchado una palabra de lo que he dicho; ¡quizás te escuche a ti!

—Bien dicho, Lizzy —aprobó la señora Gardiner.

—Oh, estás arruinando toda mi diversión —suspiró el señor Bennet—. Muy bien, hablaré con él mañana, sin duda. Por ahora, Madeline, ¿por qué no nos iluminas sobre todo este alboroto? Porque Lizzy parece no tener la más mínima idea. Estaba tan desconcertada por tu nota como yo. —Miró hacia el aparador—. ¿Puedo servirte un jerez?

—¿Sabes? Creo que sí. Ayer me alteré bastante cuando recibí la carta de Lizzy, y declaro que no pegué ojo en toda la noche. —La señora Gardiner aceptó la pequeña copa de jerez que el señor Bennet le ofreció, se recostó y se acomodó mientras el señor Bennet se servía una copa de brandy y también tomaba asiento. Lizzy se sentó en un taburete, mirando a su tía con confusión.

—Querida tía —dijo—, ¡no tengo la más remota idea de qué pude haber dicho para hacerte venir tan precipitadamente! Nuestras opiniones sobre el señor Darcy parecen estar en peculiar desacuerdo, pero eso no pudo haberte hecho reaccionar tan drásticamente, ¿verdad? Y en tu nota, ¿mencionaste al señor Wickham?

—*Wickham* —la señora Gardiner, la tía de Elizabeth, de carácter dulce y apacible, prácticamente escupió el nombre—. Elizabeth, ese hombre es *escoria*.

—¡Tía Gardiner! —Con los ojos muy abiertos, Elizabeth la miró fijamente—. Por favor, ¿qué quieres decir?

La historia que su tía les contó entonces conmocionó por completo tanto a Elizabeth como a su padre.

Cuando era una joven que crecía en Lambton, Madeline Thompson (pues ese era su apellido de soltera) disfrutaba de una posición envidiable como hija del abogado local. Distantemente emparentados y bajo el patrocinio de los Darcy de Pemberley, los Thompson eran una de las familias más destacadas del distrito, a pesar de no ser estrictamente gente de la nobleza. Los invitaban a todas partes, y Madeline había sido admirada por no pocos jóvenes caballeros bien nacidos de la zona. Al igual que su hermana Louise.

—¿Tienes una *hermana*? —interrumpió el señor Bennet, asombrado—. ¡No lo sabía!

—Está muerta —dijo la señora Gardiner con severidad—. Muerta hace once años.

Louise era cinco años menor que su hermana, una belleza floreciente de quince años, cuando llamó la atención del señor Wickham. Él estaba cursando su primer año en Cambridge y volvió a casa para las vacaciones de Pascua. El joven señor Darcy había ido a visitar a su tía en Kent y el señor Darcy padre estaba enfermo, con los primeros indicios de la dolencia que le quitaría la vida cuatro años después. El señor Wickham, aburrido y en busca de diversión, puso su mirada en la señorita Louise Thompson. Ella, deslumbrada por su atractivo y encanto, se dejó cautivar. Creyó sus susurros de que se casarían tan pronto como él terminara sus estudios.

—Y entonces terminaron las vacaciones —dijo Madeline con amargura—, y él se marchó de vuelta a Cambridge.

Elizabeth y su padre se miraron, y luego volvieron a mirar a la señora Gardiner. —Bueno, esto no suena tan perverso —dijo el señor Bennet lentamente—, más bien parece un caso de amor

joven que no tuvo tiempo de florecer.

—Oh, floreció, y de qué manera —dijo Madeline, y entonces, para horror de ambos, levantó la mano y describió con ella un arco sobre su vientre.

—¡No! —jadeó Elizabeth.

Oh, sí. Louise Thompson estaba encinta, y cuando la ingenua joven se dio cuenta de lo que le había sucedido —varios meses después— ¿en quién más podía confiar sino en su querida hermana mayor? Para entonces, las vacaciones de verano también habían llegado y pasado, Wickham y sus promesas con ellas, y Louise finalmente comprendió que el abultamiento de su vientre no se debía a comer demasiados dulces.

Al principio, Louise estaba convencida de que todo estaría bien, que su amante volvería directamente a casa y se casaría con ella, y logró convencer a Madeline de lo mismo. Pero cuando llegó octubre, el vientre hinchado de Louise era cada vez más difícil de ocultar y sus cartas a Cambridge quedaban sin respuesta. Madeline reunió su valor y fue a Pemberley. El señor Wickham padre ya había fallecido para entonces, pero se sabía que el señor Darcy era el padrino del joven: él se aseguraría de que Wickham se casara con Louise y todo estaría bien.

Sin embargo, el señor Darcy padre no estaba en Pemberley. Estaba en Londres. Habiendo conocido a la señora Reynolds durante muchos años, Madeline pidió hablar con ella en privado y le contó la historia de Louise. Desaprobadora, pero comprensiva, la señora Reynolds prometió escribir al amo.

—Pero antes de que pudiera haber una respuesta, Louise entró en trabajo de parto —concluyó Madeline—. Estaba a más de dos meses de dar a luz. La angustia y la preocupación lo provocaron, según creyó el médico, y el hecho de que estuviera esperando gemelas. Ni mi hermana ni sus hijas sobrevivieron al parto. Murió en mis brazos, aún creyendo que su querido Wickham vendría por ella.

Elizabeth tenía los ojos abiertos por la conmoción. El señor Bennet, mayor y hombre de mundo, se recostó, pensó un momento y dijo: —Señora Gardiner, esta es una historia impactante, pero... es la historia de un joven de apenas dieciocho años o así. No dudo que estuviera muy arrepentido...

—Lo negó todo —dijo la señora Gardiner tajantemente—. Cuando se le informó de la fecha del parto de Louise, afirmó que no podía ser posiblemente el padre, porque había estado en Cambridge alrededor de las fechas en que ella debió de haber concebido. Ni siquiera estaba de siete meses; pero eran gemelas y eran grandes. Todos pensaron que estaba más avanzada de lo que estaba, y así Wickham logró convencer al señor Darcy padre de que Louise había mentido.

Nadie los había visto juntos nunca —yo no tenía ni idea hasta que ella me lo contó—, pero mi hermana no era mentirosa. No tenía razón para mentir. Cualquier otro hombre se habría casado con ella en un minuto, y mi padre se habría asegurado de que estuvieran bien establecidos. Tal como fue, la conmoción lo mató —murió, estoy convencida de que de un corazón roto, no un mes después de Louise— y me fui a Oxford a quedarme con mi hermano mientras él terminaba sus estudios, que es donde conocí a mi querido Edward.

Continuó contándoles que su reputación había sido destruida junto con la de Louise en Lambton, pero aún quedaban algunos amigos fieles allí que mantenían correspondencia con ella. Uno de esos amigos le había contado al joven señor Darcy sobre Louise y Wickham, después de que heredó Pemberley, y un año o así después él había venido a visitar a los Gardiner en Londres. Le dijo a la señora Gardiner que no dudaba de su historia ni por un momento, que Wickham había sido igual de desenfrenado en su comportamiento en Cambridge, y ofreció sus sinceras condolencias por la muerte de su hermana.

—Me dijo que su padre había querido que Wickham fuera el preferido para el puesto de pastor en Kympton —dijo la señora Gardiner—, y al ver mi reacción, me aseguró con gran énfasis que era muy consciente de que Wickham nunca debería ser un hombre de iglesia y que, en su lugar, le había pagado el valor del puesto, varios miles de libras, y que Wickham había renunciado a esos derechos por escrito.

Elizabeth jadeó. ¡Así que el señor Darcy *sí* le había negado el puesto a Wickham! Pero miles de libras pagadas como compensación no era poca cosa, y un hombre capaz de comportarse de manera tan vergonzosa ciertamente nunca debería estar a cargo de una congregación.

—Bueno, nunca he conocido a este Wickham —rompió el señor Bennet el silencio que siguió después de que la señora Gardiner terminara de hablar—, pero no podría dudar de ti, Madeline, no después de la terrible historia de tu hermana. Lo siento muchísimo. Nunca nos lo contaste.

—Fue un escándalo terrible. —Madeline se tocó los ojos con su pañuelo—. Se lo conté a Edward, por supuesto, pero después de conocer a Fanny... perdóname, pero sospechaba que encontraría la historia demasiado buena como para no compartirla.

—Muy cierto, y no saldrá de esta habitación, ¿verdad, Lizzy? Creo que el señor Wickham debería ser expuesto; no puedo dejar a las hijas de nuestros vecinos vulnerables a semejante hombre más que a las mías propias, pero solo necesitamos decir que fue una joven conocida tuya en tu juventud la que fue tan vilmente utilizada.

La señora Gardiner asintió, volviéndose hacia Elizabeth.

—Lizzy, querida, siento mucho desilusionarte. Sé cuánto te enorgulleces de tu discernimiento. Pero el señor Wickham posee un rostro apuesto y los modales más encantadores, y tiene muchos años de práctica en el disimulo. No podía correr el riesgo de que tú, o una de tus hermanas, pudieran ser engañadas por él. Fue tal conmoción leer su nombre en tu carta, que apenas sabía lo que hacía, solo que debía llegar a ti lo más rápido posible. ¡Tuve tal premonición de desastre!

—Oh, mi querida tía —Elizabeth se arrodilló a los pies de su tía y tomó sus manos—. Gracias. Me has impactado enormemente, pero no estoy tan segura de la superioridad de mi entendimiento como para resentir tu conocimiento orientador. Es un golpe doloroso, en efecto, descubrir que cualquier supuesto caballero pueda ser capaz de un comportamiento tan falso, pero como dijiste en tu carta anterior, "hay maldad en este mundo" y seríamos tontas de pensar que nunca podría tocarnos. Con tu permiso, llamaré a todas mis hermanas y a mi madre para que bajen, y podrás compartir con ellas tu conocimiento sobre el señor Wickham, sin revelar, por supuesto, la identidad de tu hermana. Puedes estar segura de que nunca se lo diré ni siquiera a Jane. ¡Ella se conmocionará profundamente, pues nunca le gusta pensar mal de nadie!

—Sí, sí, Lizzy, ve y dile a tus hermanas y a tu madre que tu tía quiere hablar con ellas en la sala. Y si envías al señor Collins a mí, sacrificaré media hora de mi tiempo para mantener al torpe idiota fuera del camino. —El señor Bennet despidió a Elizabeth y alcanzó el jerez—. Será mejor que rellene tu copa, Madeline. Has sido muy valiente.



# Capítulo Tres

DURANTE VARIOS LARGOS MINUTOS después de que la señora Gardiner terminara de hablar, el único sonido en el salón de Longbourn era el fuerte tictac del reloj sobre la repisa. Y entonces Jane se desmayó sobre el hombro de Elizabeth, Lydia se puso de pie de un salto y comenzó a insultar a su tía, declarando que no podía ser posible que fuera el mismo señor Wickham, y de la señora Bennet brotó un lamento bajo que gradualmente se convirtió en un ataque de histeria en toda regla.

Elizabeth cerró sus oídos a los lamentos de su madre y se dispuso a intentar despertar suavemente a Jane. —Cállate aunque sea por unos minutos, Lydia —espetó cuando Lydia alzó la voz al ver que nadie le prestaba atención—. Ya podrás hacer gala de tu ignorancia cuando el resto tengamos tiempo para escucharla.

La señora Gardiner le lanzó a Elizabeth una mirada a la vez agradecida y de reproche, y ella apartó la cara y atendió a Jane. Aunque le había asegurado a su tía, con sinceridad, que no le molestaba recibir orientación, seguía siendo un hecho desagradable que su tan alabado juicio de carácter le hubiera fallado lamentablemente al menos en un caso. Aún no había habido tiempo para que la señora Gardiner hablara mucho del carácter del señor Darcy, y de manera algo infantil Elizabeth no quería escucharlo. Reconocía su propia falta, pero es difícil que te digan que estás equivocada. Una vez al día seguramente era suficiente.

Al acercarse a Netherfield esa noche, Elizabeth aún se sentía en un estado de conmoción. La tarde había pasado rápidamente mientras calmaban la histeria de la señora Bennet y atendían a Jane, quien estaba quizás aún más alterada que su madre. Jane nunca había querido creer que tal maldad pudiera existir en el mundo, ¡mucho menos ser poseída por un solo hombre, y de su conocimiento!

Lydia se había negado desafiantemente a creer el relato de la señora Gardiner sobre el carácter de Wickham, y al final su padre había sido llamado, la declaró una niña tonta y retiró su permiso para que asistiera al baile de Netherfield. Todas sus lágrimas y súplicas cayeron en oídos sordos, y se quedó en casa con la señora Hill.

Por una vez, la señora Bennet no había intentado cambiar la opinión de su marido con respecto a una mano más firme con su favorita.

—Niña tonta —dijo, agitando su pañuelo—, ya es bastante difícil reconocer a un hombre de mal carácter, pero cuando una chica es lo suficientemente tonta como para no creer un relato fiable, ¡aún tiene mucho que aprender! No, de hecho, es mejor que se quede en casa y reflexione sobre su comportamiento. Si este señor Wickham tiene el descaro de aparecer en el baile, sin duda ella sería lo suficientemente tonta como para querer seguir relacionándose con el sinvergüenza. Te aseguro que *yo* no le daré ninguna importancia.

—Dudo mucho que el señor Wickham se atreva a aparecer en un lugar donde el señor Darcy tenga alguna influencia. Me sorprende bastante que el señor Darcy no haya expuesto el carácter de Wickham ante el vecindario —dijo la señora Gardiner. Ella, la señora Bennet, Jane y Elizabeth iban en el carruaje de los Gardiner. El señor Bennet les seguía con el señor Collins, Kitty y Mary en el coche de los Bennet—. Seguramente al menos habrá advertido a los principales comerciantes. El señor Wickham tiene la mala costumbre de acumular deudas a crédito dondequiera que va, para luego marcharse del pueblo sin saldar sus cuentas, además de contraer deudas de honor mediante el juego, según me ha informado el señor Darcy.

—¡*Juego*! —La señora Bennet dejó escapar un pequeño chillido—. Oh, hermana, ¿acaso puede este joven ser *peor*? ¡Comportamiento escandaloso, escandaloso! Bueno, si el señor Darcy no ha cumplido con su deber hacia la gente de Meryton, créeme que yo lo haré: se lo contaré todo a Lady Lucas, a la señora Long y a nuestra hermana la señora Philips esta noche, ¡y ellas se asegurarán de que todo el mundo lo sepa, pues les encanta chismorrear!

La señora Gardiner cruzó una mirada con Lizzy y ambas ahogaron una risita. No había habido oportunidad de que hablaran más en privado, pues los preparativos para el baile consumieron el resto del día después de que la histeria de la señora Bennet y la rabia de Lydia fueran aplacadas.

—Querida tía Gardiner, esta es la tela más asombrosa —Jane tocó muy suavemente la falda del vestido de su tía, que se extendía junto a ella en el asiento. Era una seda que parecía primero azul verdosa y luego violeta a medida que la luz jugaba sobre ella—. ¿Es de los almacenes del tío?

—Lo es, y he traído algunos cortes de vestidos en otros colores para que se los hagan a ustedes, chicas. Todo está en la forma en que se teje la seda, aparentemente. Hay un hermoso azul real y

plata para ti, Jane, y un rojo borgoña que cambia a dorado para Lizzy. Sé que son colores más profundos de los que normalmente usarían las jovencitas —dijo disculpándose ante la señora Bennet—, pero Jane es mayor de edad, y Lizzy casi lo es, y con tres hermanas menores ya presentadas en sociedad, ya no son debutantes.

—Es probable que ambas se casen pronto de todos modos —la señora Bennet hizo un gesto con la mano—, ¿no harían esas sedas tan asombrosas los vestidos de novia más maravillosos, chicas? Miren, ¡ya hemos llegado!

El carruaje estaba, en efecto, en ese momento haciendo el giro desde el camino principal que los llevaría por la larga entrada de Netherfield. Jane y Elizabeth miraron afuera con entusiasmo, admirando. La magnífica casa estaba iluminada por completo, y antorchas ardían a lo largo del camino de entrada. Incluso se había colocado una alfombra desde el círculo de giro hasta el pórtico para asegurar que las zapatillas de ninguna dama se ensuciaran.

—Y de todo esto podrías ser pronto la dueña, Jane —bromeó suavemente la señora Gardiner, solo para los oídos de su sobrina mayor.

—Oh, tía... eso espero —Jane miró a su tía, con el corazón en los ojos—. Pero no sé con certeza si el señor Bingley siente lo mismo por mí.

—¿Sabe él cómo te sientes *tú*? —preguntó su tía sensatamente—. La mayoría de los jóvenes desearían estar bastante seguros de los afectos de una joven antes de dar el paso. ¡Te aseguro que le dejé muy claro a tu tío mis esperanzas antes de que él reuniera el valor para pedir mi mano!

—¿En serio? —dijo Jane, algo sorprendida. Reticente por naturaleza, había pensado que era mejor permanecer recatada y dejar que el señor Bingley tomara su propia decisión.

Su tía le aseguró que así era, y justo en ese momento el carruaje finalmente se detuvo. Un lacayo abrió la puerta de inmediato, ayudándolas a bajar, y Jane recogió sus faldas. El carruaje de su padre se detuvo justo detrás de ellas, y su padre bajó y ofreció su brazo a la señora Bennet.

Resignada a tener que subir las escaleras con el señor Collins, Jane se sorprendió agradablemente cuando se dio cuenta de que él no tenía más remedio que ofrecer su brazo a la señora Gardiner en su lugar, ya que su tía tenía precedencia. La señora Gardiner les guiñó un ojo alegremente tanto a Jane como a Elizabeth, y se llevó al señor Collins escaleras arriba, proclamando que como su querido esposo no estaba allí para complacerla, y a ella le encantaba bailar, el señor Collins tendría que sacarla a bailar en el primer set.

—Pero ya le he pedido esos bailes a mi bella prima, la señorita Elizabeth... —protestó el señor Collins.

—Oh, Lizzy conseguirá pareja fácilmente, es una jovencita muy guapa, mientras que nadie le pedirá a una vieja como yo que baile —anunció la señora Gardiner—. No te importa que te robe tu pareja de apertura, ¿verdad, Lizzy? —Le guiñó un ojo por encima del hombro a su sobrina.

—De ninguna manera suspendería ningún placer tuyo, querida tía —respondió Elizabeth, aunque podía oír a Jane ahogándose a su lado al referirse la señora Gardiner a sí misma como una *vieja*. Con solo treinta años, aunque madre de tres hijos, tenía un rostro fresco y era muy hermosa, y no parecía mayor que Jane. Y ciertamente, pensó Elizabeth, no podía haber ninguna dama en el baile más elegantemente vestida, pues no solo el vestido de la señora Gardiner estaba hecho de esa asombrosa seda cambiante de color, sino que estaba cortado según la última moda de la ciudad.

Caroline Bingley ciertamente se puso de un desagradable tono verde al ver ese vestido. Convencida de que ella misma sería la dama mejor vestida y más hermosa del baile, miró con rabia a esta encantadora y segura mujer vestida con un traje que debía haber costado no pocas guineas. Casi se ahogó con su propia rabia cuando se dio cuenta de que *esta* era una de las parientes de Cheapside de los Bennet.

Reconoció la presentación de la señora Gardiner con una minúscula inclinación de cabeza y un intento de mirarla por encima del hombro, lo que fracasó bastante, ya que Madeline Gardiner era una mujer alta y superaba a Caroline Bingley por al menos media cabeza. Al final, la señorita Bingley apartó la mirada con un resoplido desdeñoso y se encontró entonces con el obsequiosamente sonriente señor Collins, quien hizo una torpe reverencia en el momento menos oportuno y casi le dio un cabezazo en el pecho. La señora Gardiner tuvo que disimular un ataque de risa con algunas toses estratégicas, al igual que Elizabeth. Afortunadamente, Kitty aún estaba más allá del umbral y no lo vio.

El señor Bingley, por supuesto, no tenía ojos más que para su Jane, que lucía aún más hermosa de lo habitual con un vestido plateado y blanco que fluía alrededor de su figura alta y esbelta. Levantando su mano hasta sus labios, se quedó mirando por un largo momento sus profundos ojos azules. Las palabras le fallaron hasta que Elizabeth tosió educadamente, recordándole que estaba reteniendo la fila de recepción, e incluso entonces le costó un par de intentos lograr que las palabras salieran.

—Señorita Bennet, estoy asombrado. Sin duda mis palabras harán poca justicia a su belleza, pero permítame decirle lo extraordinariamente bien que luce esta noche.

Decidida a ser audaz, Jane levantó los ojos hacia él y apretó muy suavemente sus dedos. —Señor Bingley, gracias por su amable cumplido. Usted mismo luce muy apuesto, y me siento

sumamente halagada de que me haya pedido abrir el baile con usted. —Su sonrisa encantada fue toda la afirmación de sus sentimientos que ella podría haber pedido, y ella le devolvió la sonrisa con una brillante propia. Se necesitó otra tos sutil de Elizabeth antes de que se recobraran y Bingley finalmente soltara la mano de Jane, volviéndose para saludar a sus hermanas.

Elizabeth, buscando en vano ver si el señor Wickham había decidido asistir, se unió a Charlotte Lucas en la sala. Aliviada de la obligación de bailar con el señor Collins, observó con una sonrisa cómo el señor Bingley conducía a Jane a la cabeza de la fila. Los señores Hurst les siguieron, y luego el señor Darcy con la señorita Bingley. Unos minutos después, el baile llevó al señor Darcy cara a cara con la señora Gardiner, y Elizabeth observó con cierto regocijo cómo el señor Darcy casi tropezaba con sus propios pies, con una expresión atónita.

—*Prima Madeline* —jadeó el señor Darcy—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Oh —respondió la señora Gardiner con despreocupación—, visitando a la familia de Edward, querido. ¿No sabías que la señora Bennet es su hermana?

El patrón del baile los separó antes de que pudieran intercambiar más palabras. Pero Elizabeth vio al señor Darcy mirar muy frecuentemente a la señora Gardiner, y luego a su madre e incluso a ella misma. No había podido escuchar sus palabras, pero podía adivinar lo que podrían haber sido por su expresión asombrada. La señorita Bingley, muy molesta por su falta de atención, lo acosó sobre la razón, pero él solo pudo responder vagamente que no esperaba ver a una de sus parientes lejanas aquí.

Al concluir el primer baile, Kitty, que había estado bailando con un oficial, se apresuró hacia Elizabeth. —No está aquí, Lizzy, ¡Wickham no ha venido! Denny dijo que se fue a la ciudad ayer por un asunto importante, pero dijo que Wickham quería evitar a *cierta persona* aquí... ¡debe haberse referido al señor Darcy!

—Sabiendo lo que sabemos ahora —dijo Elizabeth—, *eso* no es una gran sorpresa. Es bastante difícil contar mentiras sobre alguien cuando está presente para refutar tus acusaciones, después de todo. —Había pasado la media hora del primer set informando discretamente a Charlotte Lucas y a las señoritas Long, que estaban cerca, de su información sobre el señor Wickham, y podía oír a su madre discutiendo el tema de manera menos discreta entre las matronas al otro lado de la sala.

—Es muy impactante —coincidió Sarah Long—, ¡es tan galante y tan apuesto!

—Supongo que es una lección para todos nosotros de que un rostro apuesto no es garantía de un carácter igualmente hermoso —comentó Charlotte.

—A veces, los que no se consideran tan apuestos son las mejores personas —Elizabeth apretó el brazo de Charlotte, y su amiga le sonrió.

—Y los que son tanto apuestos como de buen carácter son como Jane, nadie puede evitar adorarla —suspiró Sarah Long—, aunque yo esté un poco envidiosa. Miren, aunque el señor Bingley no bailará con ella de nuevo tan pronto, no la dejará sola ni por un minuto, ¡van a sentarse juntos durante este set!

Elizabeth sonrió ante la escena, y en ese momento un grupo de oficiales de la milicia se acercó, pidiéndoles que bailaran. Elizabeth aceptó la escolta ofrecida por el capitán Carter y tomó su lugar en la fila. Al hacerlo, vislumbró al señor Darcy hablando con su tía, mientras la escoltaba a un rincón donde podían hablar en privado.

—Prima Madeline, esto es un placer inesperado —Darcy tenía una sonrisa genuina en su rostro —. Nunca hubiera sospechado que estuvieras emparentada con los Bennet.

—¿Por qué no? —preguntó ella directamente—. ¿No te había informado la señorita Bingley de sus conexiones en Cheapside, al señalar su inferioridad?

Darcy hizo una mueca. La señorita Bingley lo había hecho, en efecto, varias veces, enfatizando la palabra *Cheap* cada vez que lo hacía. —Lo hizo, pero no tenía idea de que eras tú.

—¿Qué diferencia debería hacer? Primo Fitzwilliam, seré franca. Mi sobrina me ha dicho que te has estado comportando como si te sintieras muy por encima de tu compañía aquí en Hertfordshire, encontrando faltas y menospreciando a los lugareños, e incluso insultando gravemente su apariencia.

—¿Qué? —Darcy parpadeó—. ¿Insultando... la apariencia de quién? ¿Qué sobrina?

—La señorita Elizabeth Bennet. —Y cuando él discrepó enfáticamente, ella alzó las cejas—. ¿Las palabras "no lo suficientemente guapa como para tentarme" no te suenan en absoluto, primo?

—Oh, no —dijo débilmente—, me escuchó.

—Ciertamente lo hizo, ¡y estoy sumamente sorprendida por tu descortesía! Vamos, sé que tu madre y tu tía la condesa te enseñaron mejores modales que esos, sin importar si tú -erróneamente- consideras que la joven en cuestión está por debajo de tu atención.

Darcy intentó excusarse alegando que solo había tratado de disuadir a Bingley de presionarlo para que bailara, pero la señora Gardiner no cedió; simplemente señaló que él debería haber estado cumpliendo con su deber y bailando de todos modos, si había jóvenes damas sin pareja. Y cómo podía pensar que Elizabeth Bennet no era hermosa estaba más allá de su comprensión.

—Hace tiempo que llegué a la conclusión de que estaba muy equivocado en esa primera evaluación, prima —dijo entonces Darcy—. Aunque su rostro puede no ser perfectamente simétrico y no tiene la belleza clásica de su hermana mayor, sus ojos están entre los más hermosos que he visto jamás y su figura es muy agradable. Te aseguro que rápidamente estoy empezando a considerarla entre las mujeres más hermosas de mi conocimiento.

—Me alegro de que no hayas perdido la vista además de los modales —dijo la señora Gardiner con acidez—. Le debes una disculpa. Pero antes de dejarte ir a hacerla, debo informarte que estoy aquí de manera bastante repentina debido a una carta con una información bastante inquietante que recibí de Elizabeth ayer mismo. Estás al tanto, por supuesto, de la presencia del señor Wickham aquí con la milicia. —Le contó sobre la difamación que Wickham había hecho de su carácter, su intento de encantar a Elizabeth y luego le preguntó a Darcy, muy seriamente, por qué no había expuesto ya a Wickham.

—No puedo, prima —dijo Darcy, apretando los puños—. No me atrevo. —En voz muy baja, tanto que la señora Gardiner tuvo que esforzarse por oírlo, le contó que Wickham había intentado convencer a su joven hermana Georgiana de fugarse el verano anterior en Ramsgate, con el objetivo, por supuesto, de obtener control sobre la dote de treinta mil libras de la señorita Darcy. Solo por pura casualidad Darcy había llegado de visita inesperada a tiempo para impedir su partida. Darcy había visto a Wickham —y a la señora Younge, su cómplice poco confiable que entonces estaba empleada como dama de compañía de Georgiana— huir de la ciudad inmediatamente, pero no se atrevía a hacer más por temor a que los dos mancharan la reputación de Georgiana.

Conmocionada y horrorizada, la señora Gardiner lo comprendió perfectamente. Sin embargo, esto solo endureció su resolución de que *ella* debía ser quien protegiera a Meryton y sus residentes de la maldad de Wickham.

—Mi hermana, la señora Bennet, ya está alertada para advertir a todos en el distrito con hijas en edad de interesar a Wickham, y también nos aseguraremos de que ningún comerciante le extienda crédito y arriesgue quedarse con deudas incobrables. ¿Tengo tu permiso para dar a conocer que fue bien compensado por el curato de Kympton?

Darcy estuvo completamente de acuerdo con eso, y estaba hablando con la señora Gardiner sobre su marido e hijos, cuando fueron interrumpidos por Caroline Bingley, preguntando si sabía dónde había desaparecido su hermano.

—No lo he visto desde el final del primer baile —dijo Darcy con ecuanimidad—, pero supongo que andará por algún lado. Señorita Bingley, ¿ha conocido a mi prima, la señora Gardiner?

—¿Tu *prima*? —Caroline Bingley se quedó helada—. Creí que la habían presentado como la hermana política de la señora Bennet —le dijo con bastante rudeza a la señora Gardiner.

—Soy ambas cosas, señorita Bingley. Mi esposo es el hermano de la señora Bennet, pero yo originalmente provengo de Lambton, en Derbyshire, muy cerca de Pemberley. El señor Darcy es amable al reconocerme como pariente, la conexión es bastante distante...

—La familia Darcy se ha vuelto muy pequeña en las generaciones recientes —interrumpió el señor Darcy—. Aparte de Georgiana, tú y tu hermano son mis parientes más cercanos aún con vida, por el lado de los Darcy, y estoy muy feliz de considerarte a ti y a Edward como familia.

La señora Gardiner le sonrió con afecto y puso su mano en su brazo. —Al igual que nosotros a ti, primo Fitzwilliam.

Caroline Bingley casi estalló de rabia, decidiendo en ese momento que haría que Darcy cortara *esta* horrible conexión cuando ella fuera la señora de Pemberley. Aunque quizás no antes de descubrir dónde la mujer había encontrado esa increíble seda. Pegó una sonrisa insincera en su rostro.

—Bueno, por supuesto que cualquier pariente de Darcy es bienvenido en Netherfield. Por favor, ¿puedo acompañarla a la mesa de refrigerios? —Le lanzó una sonrisa al señor Darcy por encima de su hombro mientras se llevaba a la señora Gardiner, esperando que él notara cuán solícita estaba siendo con su pariente. Pero él ni siquiera la estaba mirando, en cambio estaba recorriendo la sala con la mirada y luego frunciendo el ceño a alguien en la fila de bailarines.



# Capítulo Cuatro

CHARLES BINGLEY ESTABA BASTANTE satisfecho consigo mismo por haber inventado una excusa para sacar a Jane de la sala, cuando notó que se había sonrojado bastante después de su baile. La terraza estaba demasiado fría en una noche de finales de noviembre, así que en su lugar la invitó a pasear con él por el pasillo y echar un vistazo a una habitación que había sido preparada para jugar a las cartas.

—Debo comprobar la comodidad de todos mis invitados, señorita Bennet, ¡pero no renunciaría ni por un momento a su compañía!

—Ni yo a la suya —dijo Jane, sonrojándose aún más.

Después de echar un vistazo a la sala de juegos, dieron media vuelta y pasearon de regreso, con la mano de Jane aún en el brazo de Bingley. Al mirar sus ojos modestamente bajos y sus mejillas sonrosadas, Bingley tomó una decisión. Había pensado en posponerlo hasta que regresara del viaje a Londres que debía hacer al día siguiente, pero ¿por qué esperar? Su ángel estaba justo aquí con él, y quizás nunca tendría una mejor oportunidad para hablar con ella sin que todos supieran lo que se proponía. No había nadie más en el pasillo; estaban completamente solos.

—¿Me permitiría un momento más, señorita Bennet? —Sacó una llave de su bolsillo y abrió una puerta que antes estaba cerrada.

—Por supuesto —dijo Jane automáticamente, siguiéndolo a la habitación abierta—. Oh —tragó saliva al darse cuenta de que era obviamente su estudio, y él estaba cerrando la puerta detrás de ella—. Señor Bingley, realmente deberíamos volver con sus invitados...

—Queridísima, hermosísima Jane —dijo él, y ella se quedó en silencio, sus ojos abriéndose de par en par al darse cuenta de lo que estaba sucediendo—. No me importan ninguno de mis otros invitados. Solo quiero pasar cada minuto de esta noche, y cada minuto del resto de mi vida, en su compañía y asegurando su felicidad. ¿Me haría el gran honor de aceptar ser mi esposa?

—Oh, sí, *por favor* —dijo Jane, sorprendiéndose incluso a sí misma con su enfática aceptación. Supo que había dicho exactamente lo correcto cuando apareció su sonrisa encantada, y un momento después él la estaba tomando en sus brazos y otorgándole su primer beso. Jane cerró los ojos mientras sus labios rozaban suavemente los suyos. Bingley profundizó el beso cuando ella no hizo ningún esfuerzo por apartarse, y ella levantó las manos para ponerlas sobre sus hombros...

Un golpe en la puerta detrás de Jane los hizo sobresaltar a ambos, y se separaron mirándose con los ojos muy abiertos.

—Ejem —dijo educadamente la voz del señor Bennet desde el otro lado de la puerta—, me temo que los vi entrar ahí, y cinco minutos es todo lo que estoy dispuesto a permitirles, señor Bingley. Creo que quizás deberíamos tener una pequeña charla de todos modos, ¿no?

—Maldita sea —murmuró el señor Bingley. Jane, por alguna razón, encontró esto increíblemente divertido y comenzó a reír, llevándose los dedos a la boca mientras trataba de contenerse.

—Me temo que me ha comprometido irremediablemente —soltó una risita—, ¡lo obligará a casarse conmigo!

—¡Eso será perfectamente aceptable para mí! —Bingley la miró con diversión mientras abría la puerta.

El señor Bennet se deslizó en la habitación y los miró a ambos, con los ojos brillantes de alegría.

—Bueno, ya que mi hija no parece estar en ningún apuro, señor Bingley, ¿hay algo que le gustaría preguntarme?

—La señorita Bennet me ha hecho el gran honor de aceptar ser mi esposa... —comenzó el señor Bingley un poco pomposamente, pero Jane lo interrumpió.

—Oh, papá, nos darás tu bendición, ¿verdad?

—Querida Jane —su sonrisa se ensanchó al ver sus mejillas sonrojadas y sus labios ligeramente hinchados—. Creo que será mejor que lo haga. Sí, señor Bingley, estaré muy contento de darle la bienvenida a mi familia. No necesita asegurarme cuánto amará y cuidará a mi hija, he podido verlo desde el primer momento en que se conocieron, y no podría haberla entregado a nadie que no la cuidara como usted lo hará.

—¡Gracias, señor! —El señor Bingley le tomó la mano y se la estrechó agradecido—. Nunca se arrepentirá, se lo prometo.

—Bien, bien —dijo el señor Bennet con ecuanimidad, besando la mejilla sonrosada de su hija—. Supongo que querrán hacer el anuncio durante la cena, ¿no es así? Excelente. Ahora, Jane, él te ha desarreglado un poco, será mejor que vayas al salón de retiro y te arregles.

Una vez que su hija hubo abandonado la habitación, se volvió hacia un señor Bingley bastante ruborizado.

—Recuerdo muy bien lo que es ser joven y estar enamorado, señor, y un beso con motivo de un compromiso es algo bastante aceptado en estos días, creo, pero no habrá más de eso hasta después de que ambos hayan dicho sus votos, ¿eh?

—Sí, señor —dijo un señor Bingley algo desanimado, lamentando haber tenido apenas un momento para robar ese beso tan deseado—. ¿Estaría de acuerdo con una boda en Navidad, entonces? —se animó—. Tendríamos justo el tiempo para publicar las amonestaciones...

—Creo que si viene a Longbourn mañana, esta sería una conversación que usted y Jane deberían tener con la señora Bennet —dijo el señor Bennet, retirándose apresuradamente. Imaginaciones de interminables charlas sobre encajes y desayunos de boda flotaron por su cabeza, y dijo—: No tengo objeciones a una boda más pronto que tarde, si Jane está de acuerdo.

Jane, en ese momento, estaba flotando en el salón de retiro en una nube de pura felicidad. Soñadoramente, se sonrió a sí misma en el espejo, sin hacer absolutamente ningún esfuerzo por arreglar sus rizos despeinados.

Elizabeth entró en la habitación unos minutos más tarde, un poco desarreglada ella misma después de un baile bastante enérgico, y vio a Jane. Al llegar a su lado, observó el semblante dichoso y la apariencia alterada de su hermana, y se encargó de acomodar ligeramente los rizos de Jane de vuelta a su lugar.

—Te ves muy feliz, querida —dijo suavemente.

—Oh, Lizzy. ¡Si todos pudieran ser tan felices como yo! ¡No merezco tanta felicidad!

—Nadie la merece más que tú, querida Jane —Elizabeth sonrió felizmente a su hermana—. ¿El señor Bingley te propuso matrimonio? —mantuvo su voz muy baja, para que otros no la oyeran.

—Se anunciará en la cena —susurró Jane—, tiene el permiso de papá.

Tal fue entonces la alegría de Elizabeth, que besó la mejilla de Jane y le aseguró, aunque en voz baja, que no podía haber nadie que deseara mayor felicidad a la pareja. Viendo entonces los ojos de otras damas volverse hacia ellas con curiosidad, Elizabeth enlazó su brazo con el de su hermana y la condujo de vuelta al salón de baile. No bien habían entrado cuando fueron abordadas por el señor Collins quien, secándose la cara con un pañuelo cada vez más flácido y empapado, estaba a punto de pedirle a Elizabeth que le honrara con el siguiente baile, habiendo tenido que ceder el primero a su tía, cuando Jane extendió una mano imperiosa.

—No estoy comprometida para este baile, primo. Seguramente no pretendías pasar por alto mi precedencia como hermana mayor, ¿verdad?

Nada, ni siquiera un baile con el señor Collins, podría empañar la felicidad de Jane esa noche, y decidió en ese momento que su idiota primo no se impondría a Elizabeth. Al ver que el señor Bingley entraba en la sala y se acercaba a ella, miró significativamente a Elizabeth, tomó la mano del señor Collins y se dirigió hacia la línea de parejas que se estaba formando.

—¿Está usted comprometida para este baile, señorita Elizabeth? —Bingley llegó a su lado apenas unos momentos antes que Darcy, quien había estado tratando de llegar hasta ella entre la multitud desde el momento en que la vio volver a entrar en la sala—. Si no es así, ¿me haría el honor?

—¡Con mucho gusto, señor Bingley! —Elizabeth aceptó su mano, y se sorprendió cuando el señor Darcy dijo:

—Y si pudiera reservar el siguiente set para mí, señorita Elizabeth, le estaría muy agradecido.

—Eh, sí, por supuesto, señor Darcy —fue toda la respuesta que se le ocurrió dar, y fue recompensada con la visión de él haciéndole una reverencia bastante profunda mientras Bingley se la llevaba. Ella lo miró perpleja y descubrió que él no apartaba los ojos de ella. Pero pronto se distrajo con el señor Bingley, quien había adivinado por su semblante sonriente que Jane había compartido sus noticias, y quien estaba ansioso por recibir sus felicitaciones y bienvenida a la familia, aunque tuvieron que hablar muy bajo para evitar que la noticia se difundiera por toda la compañía antes de lo que deseaban.

Al concluir el set, el señor Collins se apresuró a intentar de nuevo comprometer a Elizabeth, pero esta vez ella pudo informarle que ya estaba comprometida para el siguiente set, y cuando el señor Darcy vino a reclamarla, el señor Collins no pudo hacer más que inclinarse y arrastrarse, y alabar al señor Darcy por su excelente condescendencia al elegir a la propia elección prevista del señor Collins.

—¿Elección prevista? —dijo el señor Darcy tan pronto como se alejaron del señor Collins—. ¿Está usted entonces comprometida con el señor Collins?

—¡Jamás! —exclamó Elizabeth con pasión—. ¡Todo está en su cabeza! No puedo aprobar el matrimonio entre primos de todos modos, señor, me he criado en una granja. —Le dirigió una mirada significativa y añadió—: No puedo dejar de pensar que tampoco debe ser sensato en los humanos.

—*Usted* es muy sabia, señorita Elizabeth, y sus pensamientos coinciden perfectamente con los míos. Es precisamente por eso que me he resistido a mi tía, Lady Catherine De Bourgh. Sus intentos de comprometerme con su hija Anne los considero desacertados por la misma razón que usted acaba de expresar.

—Oh —dijo Elizabeth, sorprendida—. Yo pensaba que era algo bastante establecido, el señor Collins habló de ello...

—Es el deseo de mi tía, y sin duda se lo ha comentado a su clérigo —dijo Darcy con severidad —, pero no se equivoque, tanto mi prima Anne como yo estamos decididos a que no se lleve a cabo. Lady Catherine habla de ello como si hubiera sido el deseo más querido de mi difunta madre, pero mi madre nunca me lo mencionó a *mí*, y yo ya tenía edad suficiente cuando ella falleció para que lo hubiera hecho.

El baile estaba a punto de comenzar entonces, e interrumpió su conversación; no volvieron a hablar durante unos minutos, hasta que Elizabeth le dirigió a Darcy una mirada pícara.

—Debemos tener *alguna* conversación, señor Darcy. Quizás hablemos sobre el baile, o sobre lo bien que se ve Netherfield esta noche, aunque la señorita Bingley lo desdeñó, afirmando que no es nada comparado con su Pemberley.

—Señorita Elizabeth —dijo él seriamente—, he permanecido en silencio porque he estado debatiendo cómo empezar mejor.

—Empiece por el principio, señor, es un muy buen lugar para comenzar —dijo ella con una sonrisa traviesa.

—Tiene razón; muy bien, lo haré. Al principio mismo de nuestro conocimiento, antes incluso de que nos presentaran, la insulté de manera atroz y deseo sinceramente disculparme.

Solo las largas horas de práctica bailando con sus hermanas mantuvieron los pies de Elizabeth moviéndose por inercia: levantó la mirada hacia los ojos del señor Darcy y, recuperando la compostura, dijo en tono de broma:

—Vaya, señor, no lo noté. Lo que para un hombre es tolerable, para otro es hermoso, y lo que un tercero podría decir que debería llevar un saco en la cabeza para no asustar a los niños.

—Permítame entonces expresar la honesta opinión de *este* hombre: cualquier hombre que la considerara algo menos que extraordinariamente hermosa necesitaría que le examinaran la vista.

Inexplicablemente complacida por el cumplido, Elizabeth olvidó que creía que el señor Darcy era tan orgulloso y le favoreció con la primera sonrisa verdadera que le había ofrecido hasta ahora. Él se quedó mirándola fijamente, y ella, al verlo mirar, se sonrojó y apartó la mirada. Durante varios momentos más, continuaron el baile en silencio. Luego, el señor Darcy se recompuso y volvió a hablar.

—Mi primo me ha reprendido por mis malos modales —dijo entonces—, y usted es solo la primera de una serie de personas a las que debo hacer enmiendas. A decir verdad, vine a este vecindario para alejarme de un problema que ha estado ocupando mi mente últimamente, y ha

afectado negativamente mi temperamento. Me temo que he estado aún más silencioso y retraído de lo que es mi costumbre habitual. No tengo la feliz habilidad del señor Bingley para recomendarme a los extraños, me temo.

Elizabeth no pudo evitar sonreír, y donde una vez podría haber preguntado por qué no, ahora sospechaba que el hombre alto y guapo que tenía delante podría ser en realidad bastante tímido.

—Su bonito cumplido de hace unos momentos borró su ofensa original en mis ojos, señor, y las palabras que acaba de pronunciar han redimido por completo su carácter. Lo perdono sin reservas, señor Darcy, y si puedo hacer algo para ayudarlo a hacer amigos en este vecindario, espero que me lo pida. He vivido aquí toda mi vida y conozco cada pequeña peculiaridad de mis vecinos. Quizás si se las menciono antes de que tenga que hablar, se encontrará sonriendo involuntariamente. Una sonrisa genuina a menudo es suficiente donde las palabras bonitas pueden caer en oídos sordos.

El señor Darcy se encontró sonriéndole de nuevo.

—Señorita Elizabeth, es muy posible que acepte su oferta, aunque puede que descubra que ha asumido una tarea mucho mayor de lo que jamás imaginó. Además, tendrá que pasar toda la noche al menos a mi lado, para que pueda transmitirme sus perlas de sabiduría.

—Una penitencia adecuada para mí —dijo Elizabeth, y luego tomó aire—. Señor Darcy, yo también le debo una disculpa.

Él parpadeó y pareció sorprendido.

—No puedo imaginar por qué, señorita Elizabeth, es mi comportamiento el que ha estado en falta. Usted ha sido impecablemente amable, incluso cuando ha sido severamente provocada.

—No del todo, señor; soy culpable, como mínimo, de pensar lo peor de usted, basándome en nada más que la palabra de un conocido casual.

Darcy ladeó la cabeza y luego suspiró.

—Wickham.

—Sí, señor, y mi tía me ha mostrado el error de mis maneras. Siempre he pensado que era capaz de discernir fácilmente el carácter de una persona, pero me equivoqué tristemente tanto con usted como con el señor Wickham. Creí lo peor de usted, únicamente porque él halagaba mi vanidad y usted no, y debo disculparme por haberlo juzgado tan mal y permitir que mi prejuicio coloreara mi opinión.

—Creo que ya hemos acordado que mi comentario insultante fue la primera ofensa —dijo Darcy después de un momento—, y por lo tanto, cualquier prejuicio que pudieras haber formado contra mí como resultado de ello era bastante justificable. En cuanto al señor Wickham, es un

conspirador experimentado con el feliz don de hacer amigos fácilmente, a diferencia de mí, como ya hemos establecido. Mentes mucho más viejas y sabias que la tuya han sido engañadas por su encanto, incluyendo a mi propio y muy estimable padre, que nunca pudo ver la maldad en él.

Elizabeth bajó la cabeza.

—He aprendido una valiosa lección hoy —dijo en voz baja—, y he sido humillada por ella. Ahora solo me queda avergonzarme de mi propio prejuicio violento e injustificado.

Para su gran sorpresa, sintió que él le apretaba la mano mientras pasaban en el baile.

—Ambos hemos aprendido una lección de nuestra pariente en común —dijo Darcy en voz baja —, y sin duda es su esperanza que sigamos aprendiendo y mejorando a partir de lo aprendido.

El baile terminó entonces, y con esa nota seria ambos se inclinaron el uno al otro. Darcy ofreció su brazo para llevar a Elizabeth fuera de la pista, solo para notar que el señor Collins se acercaba a ellos con una sonrisa untuosa. Sintió que los dedos de Elizabeth se tensaban en su brazo.



# Capítulo Cinco

—QUIZÁS UN *poco* de arrogancia podría usarse para buenos propósitos —murmuró Darcy, lo suficientemente bajo como para que solo Elizabeth lo oyera, y mientras el señor Collins se acercaba, se irguió y miró con dureza al párroco.

El señor Collins, pensando solo en acercarse lo más posible a Elizabeth, no pudo ignorar al alto y noble caballero que lo miraba tan fijamente, aunque no hubiera sido el sobrino de su patrona.

—Señor Darcy, qué amable de su parte condescender a bailar con mi prima —se arrastró el señor Collins—. Por supuesto, la señorita Elizabeth no puede igualar de ninguna manera la gracia y la belleza de su bella prometida, la señorita Anne De Bourgh, pero es bueno saber que de alguna manera pequeña podría consolarle por la ausencia de su prima esta noche...

—¿Se atreve a insultar a la señorita Elizabeth? —dijo Darcy en tono gélido.

—No, por supuesto, señor Darcy, no pretendía ofender, solo asegurarle que la señorita De Bourgh es la joya más hermosa de Inglaterra y que usted es un hombre sumamente afortunado...

—¿Se atreve a mirar con admiración a *mi prima*? —La voz de Darcy se enfrió aún más. Elizabeth casi esperaba ver cristales de hielo formándose en su aliento. El señor Collins, por otro lado, sudaba cada vez más profusamente.

—Oh no, por supuesto que no, señor... —balbuceó el señor Collins—. Simplemente lo felicitaba por su buena fortuna, señor, en un enlace que unirá tan grandes propiedades...

—Dios mío, en cualquier momento este idiota grosero va a empezar a hablar del tamaño de la dote de mi prima y de mis ingresos anuales —dijo Darcy, asqueado—. ¡Un hombre de Dios debería estar por encima de tales preocupaciones mundanas, señor!

—Por supuesto, señor... es por eso que estoy aquí en Hertfordshire, para extender una rama de olivo a esa parte de mi familia que es menos afortunada que yo, prefiriendo a una de las hijas de los Bennet para una situación muy apropiada, como futura señora de Longbourn, mediante la

condescendencia de ofrecer mi mano en matrimonio. —El señor Collins sonrió con todos sus dientes a Elizabeth. Ella no logró reprimir un estremecimiento, y Darcy lo sintió a través de su delicada mano aún apoyada en su brazo.

—Señor Collins, está usted equivocado —dijo Darcy—. La familia Bennet está siendo sumamente amable al recibirlo a *usted* en su hogar. El señor Bennet es un caballero, y sus hijas son iguales a cualquiera fuera de la nobleza, y *ciertamente* están por encima del alcance de un *humilde* clérigo, sean cuales sean sus posibles perspectivas futuras. Conozco bien la casa parroquial de Hunsford y el valor de ese beneficio; después de todo, he estado cuidando los asuntos financieros de mi tía De Bourgh durante algunos años. ¿Acaso puede permitirse siquiera una cocinera y una criada, una vez que se añada el gasto de mantener a una esposa a su presupuesto? ¡No podría esperar que una hija de Longbourn cocine y friegue sus propios suelos!

Sorprendido, el señor Collins parpadeó, miró a Elizabeth y luego al señor Darcy. —Bueno... yo... una muchacha útil, Lady Catherine me aconsejó que eligiera...

—Una muchacha que pueda hacer sus propias tareas domésticas, me atrevo a decir que quiso decir —dijo Darcy—. Estoy seguro de que Lady Catherine no entendía el valor de Longbourn, señor, ni la situación de la familia Bennet, cuando le sugirió que buscara una novia entre sus primas. ¡Podría también intentar casarse con la señorita Anne De Bourgh, tan por encima de su posición mira usted!

Entre las negaciones horrorizadas y entrecortadas del señor Collins, Elizabeth podía oír los susurros que se extendían a su alrededor.

—... no puede permitirse una cocinera o una criada...

—... ¡pedirle a una señorita Bennet que friegue suelos!...

—... heredará Longbourn algún día, pero el señor Bennet solo tiene cuarenta y cinco años, y está muy sano...

—... nunca permitiría que *mi* hija se casara en tal situación...

Ese último comentario había venido de Lady Lucas, quien miraba al señor Collins con ojos grandes y horrorizados.

Fue John Lucas, un muy viejo amigo, quien dio un paso adelante e hizo una reverencia a Elizabeth, ignorando por completo al señor Collins. —Si no está comprometida para el siguiente, señorita Elizabeth, ¿me haría el honor?

—Estaré encantada, señor Lucas —dijo Elizabeth. Volviéndose hacia el señor Darcy, dijo—: Le agradezco el baile, señor. Y para su próximo movimiento —bajó la voz—, mire hacia la silla verde cerca de la ventana.

El señor Darcy miró en la dirección que ella indicaba y vio a su sensata amiga Charlotte Lucas sentada allí, conversando educadamente con dos señoras mucho mayores. —Le agradezco mucho nuestro baile, señorita Elizabeth, y su consejo amistoso —le dedicó una sonrisa y una reverencia, se alejó del aún protestante señor Collins y pidió a la señorita Lucas que bailara con tanto encanto que Charlotte parpadeó insegura varias veces antes de aceptar.

El señor Collins se retiró muy indignado de la multitud susurrante y observadora que lo rodeaba, secándose la cara con su pañuelo cada vez más rancio.

—No poder permitirse una criada, por cierto —murmuró para sí mismo—. Vaya, bien puedo permitirme que Sally venga a diario a limpiar las chimeneas. Y la señora Meredith para cocinar mis cenas. —Se detuvo, sin embargo, pensando que Darcy podría tener razón. Una esposa de hecho aumentaría sus gastos. Sería otra boca que alimentar, y querría vestidos nuevos, especialmente si Lady Catherine iba a visitarla e invitarlos a Rosings Park a cenar. Podría ser una buena idea tener una esposa que supiera cocinar, al menos, ya que entonces podría economizar al no tener que pagar a la señora Meredith. Una mujer que pudiera cuidar de algunas gallinas, también, y quizás ordeñar una cabra y cultivar verduras...

El señor Collins no era consciente de que estaba murmurando sus reflexiones en voz alta. Mary Bennet, sentada detrás de él en una silla casi oculta por un gran arreglo floral en una urna, escuchó cada palabra, y sus ojos se abrieron de par en par. Se volvió para mirar a la señorita Mary King, una pelirroja regordeta y pecosa a quien igualmente rara vez se le pedía bailar, que estaba sentada a su lado, y vio que la boca de la señorita King estaba abierta en una O perfecta.

—El chisme es para mentes ociosas... —comenzó Mary Bennet, pero la señorita King puso una mano sobre la suya y negó con la cabeza.

—Esto no es un chisme, señorita Mary, ¡hemos escuchado esas palabras directamente del propio hombre! ¿Una esposa que pueda cocinar, y ordeñar cabras y cultivar verduras? ¡Está buscando una criada de cocina, no una dama! ¿Sus padres conocen su situación? Porque si se ha presentado falsamente ante ellos, al buscar encontrar una novia en su familia, ¡entonces es su deber para con su padre y su madre decirles la verdad!

—Hablaré con mi padre mañana —murmuró Mary, mirando a Mr Collins bajo una nueva luz. Anteriormente había pensado que ella misma podría convenirle bastante bien, pero... no sabía cocinar. Y nunca había fregado nada más que sus propias manos en su vida.

La noticia del enfrentamiento de Mr Darcy con Mr Collins pronto llegó a oídos de Mrs Bennet, quien sufrió un ataque de nervios y fue sacada rápidamente de la sala por Lady Lucas y Mrs Gardiner.

—Le debo mi agradecimiento, Mr Darcy —dijo Elizabeth cuando él vino a pedirle el baile de la cena.

—Es un placer bailar con usted, señorita Elizabeth —le hizo una galante reverencia.

—No por pedirme bailar, Mr Darcy... bueno, por eso también, supongo, pero por rescatarme de Mr Collins. Me atrevo a esperar que lo haya desalentado lo suficiente como para que posiblemente no me obligue a rechazarlo en términos que inciten su resentimiento.

—No dije nada que no fuera cierto, señorita Elizabeth —dijo Darcy seriamente—. Soy muy consciente del valor del beneficio de Hunsford. Visito a mi tía cada Pascua, y verla a usted en tales circunstancias... me afligiría enormemente. —De nuevo, pensó, no estaba diciendo nada que no fuera verdad. Que verla como la esposa de Mr Collins, sabiendo que ese hombre espantoso tendría el derecho de abrazar a Elizabeth, de hacerle el amor, lo habría destrozado, no podía decirlo.

Procedieron a través del baile hablando poco, Darcy contento de admirar a Elizabeth, su figura ágil y grácil mientras saltaba y brincaba, y Elizabeth estudiando al hombre a quien anteriormente había detestado, pero ahora tenía que reconocer que era mucho más de lo que parecía al principio. Sí, era orgulloso; quizás demasiado, pero después de lo que Mrs Gardiner le había dicho, había admitido sus faltas honestamente y le había ofrecido, al menos a ella, una hermosa disculpa. Quedaba por ver si su actitud hacia el resto del vecindario mejoraría aún, pero le había indicado que sentía que debía una deuda de cortesía a sus vecinos y aceptó su oferta de ayuda para pagarla.

Al vislumbrar a Mr Collins, de pie solo y mirando en su dirección con el ceño fruncido, Elizabeth no pudo evitar sonreír a Mr Darcy. Le había hecho un gran servicio allí, desalentando al hombre repulsivo. Solo podía esperar que Mrs Bennet también tomara nota y no continuara promoviendo el enlace.

Mrs Bennet estaba en ese mismo momento lamentándose ante su marido, que había sido llevado a ella en una sala privada. Mrs Gardiner permanecía allí, pero persuadió a Lady Lucas y a Mrs Philips para que volvieran al baile y dijeran a sus amigos que Mrs Bennet solo necesitaba unos momentos para recomponerse.

—¡Oh, Mr Bennet! —se lamentó Mrs Bennet—, ¿qué será de nosotros? ¡Lizzy tendrá que fregar los suelos!

Mr Bennet pareció desconcertado por un momento, y luego dijo:

—No te angusties, querida. Estoy convencido de que nos las arreglaremos bastante bien sin que ninguna de nuestras hijas tenga que fregar los suelos.

—¡Pero Mr Collins! —Mrs Bennet comenzó a sollozar ruidosamente de nuevo.

—¿Hermana? —Mr Bennet miró a Mrs Gardiner—. ¿Puedes arrojar algo de luz sobre este asunto? No estoy muy seguro de qué tiene a mi Fanny tan angustiada.

—No escuché la conversación —admitió Mrs Gardiner—, pero Lady Lucas me dijo que hubo algún tipo de enfrentamiento entre Mr Darcy y Mr Collins, y que Mr Darcy lo acusó de presentarse falsamente ante vuestra familia, que el beneficio de Hunsford vale poco y que si tomara esposa no podrían permitirse una sirvienta para cocinar y limpiar.

—Ya veo —Mr Bennet sacó su propio pañuelo grande del bolsillo y se lo entregó a su esposa, viendo que su pequeño pañuelo de encaje estaba completamente mojado, ya que por una vez estaba llorando genuinamente—. Bien, bien, querida. Permíteme aliviar tu sufrimiento asegurándote que ninguna de nuestras hijas, y ciertamente no mi Lizzy, jamás fregará suelos en la rectoría de Hunsford. Ya había decidido rechazar la propuesta de Mr Collins, incluso si alguna de ellas fuera lo suficientemente tonta como para aceptarlo.

—¡Pero el *mayorazgo*! —sollozó Mrs Bennet—. ¡Todas acabaremos en la calle!

—Mrs Bennet, si solo dejas de lamentarte y secas tus ojos, y vienes a cenar conmigo, tengo razones para creer que podríamos escuchar algunas noticias que podrían apaciguarte un poco.

Mrs Bennet exigió que se lo dijera de inmediato, pero Mr Bennet se negó, alegando que no era su noticia para contar, y que ella solo tendría que calmarse y venir a cenar, o sufrir escuchando todo al respecto de Lady Lucas y Mrs Philips. La idea de tener que escuchar aún más chismes (posiblemente escandalosos) de sus amigas obligó a Mrs Bennet a calmarse rápidamente, y en pocos minutos respiraba serenamente y permitía que Mrs Gardiner le limpiara la cara con un paño fresco.

—Ahí, escucho la campana de la cena —Mr Bennet se había acomodado en una silla para esperar y sacado un libro de su bolsillo—. Permítanme escoltar a las dos damas más encantadoras de esta noche a la cena.

Tanto su esposa como su hermana se rieron de su ocurrencia, y Mrs Gardiner exclamó:

—¡Thomas, eres una criatura terrible! ¡Sabes muy bien que tus hijas nos eclipsan por mucho!

—Sí, pero no tengo ninguna posibilidad de escoltar a ninguna de ellas a la cena, ¿verdad? —sonrió Mr Bennet—. Sin duda están en este momento rodeadas de jóvenes fervientes suplicando por el honor.

—¡Cómo le gusta bromear con nosotras, Mr Bennet! —Su esposa se rio—. Estoy segura de que la pobre *Mary* no... ¡vaya, vaya! —Se estaban acercando a la puerta del comedor, y allí, justo

frente a ellos, estaba efectivamente su mencionada hija del medio, siendo escoltada del brazo de un caballero alto y rubio con un abrigo marrón muy bien cortado—. ¿*Quién* es *ese*, Mr Bennet?

—Estoy seguro de que no tengo ni idea, señora, pero averigüémoslo de inmediato —Mr Bennet guió a las dos damas hacia la mesa donde el joven acababa de retirar una silla para que Mary se sentara—. Vaya, vaya, hija, ¿estás pasando una buena velada esta noche?

Mary se sonrojó de manera poco característica y asintió en silencio. El caballero, que estaba a punto de retirar una silla para sí mismo, se enderezó de golpe e hizo una reverencia. Viendo que Mary parecía haber perdido la lengua, Mrs Bennet saltó a la brecha.

—¡Qué amable de su parte traer a nuestra querida Mary a cenar, señor! Soy su madre, Mrs Bennet, y este es su padre, Mr Bennet, y mi hermana Mrs Gardiner.

—Un p-p-placer c-c-conocerles —tartamudeó el caballero—. Mr John Hutton, a su servicio.

Se acomodaron juntas, y la señora Gardiner susurró al oído de la señora Bennet: —Es tímido, Fanny, ¡no lo ahuyentes! —Luego dirigió una encantadora sonrisa al señor Hutton—. Dígame, ¿es usted amigo del señor Bingley?

—D-De ambos, del señor Bingley y del señor D-Darcy, en realidad. D-D-Darcy me presentó a la señorita M-M-Mary. Darcy y yo fuimos compañeros en la escuela y en Cambridge.

—Qué encantador. ¿Y es usted también de Derbyshire? Yo viví una vez en Lambton, cerca de Pemberley —sonrió la señora Gardiner—. El señor Darcy y yo somos primos lejanos, aunque bastante bien relacionados.

Él se animó ante su trato amable, y el tartamudeo disminuyó. —Pemberley es t-tan hermoso, ¿verdad? He estado allí varias veces, de p-paso hacia mi casa. Soy de cerca de Northallerton, en el N-North Riding de Yorkshire —sonrió y luego dijo—: Pero les ruego me disculpen por unos momentos. Le he prometido a la señorita M-Mary algo de cena, y debo cumplir mi palabra. ¿Puedo traerles algo a ustedes?

—Oh, no, el señor Bennet ha ido a buscar nuestros platos —dijo la señora Bennet, y tan pronto como el señor Hutton estuvo fuera del alcance de su voz, se inclinó hacia Mary y siseó—: ¿Quién es, niña? Si es amigo de Bingley y Darcy, debe ser de buena posición, ¡pero no es nada orgulloso!

—Sé poco de él, mamá, salvo que muy amablemente me pidió bailar cuando el señor Darcy lo trajo para presentarlo justo antes del baile de la cena. El señor Darcy dijo que el señor Hutton disfruta mucho de la música y toca el violín, y que lo había escuchado tocar una pieza de Haydn que yo interpreté en Lucas Lodge hace unas semanas —Mary sacudió la cabeza asombrada—. ¡No puedo imaginar que el señor Darcy haya notado alguna vez lo que toco! Pero estaba tan

sorprendida que no dije que no cuando el señor Hutton me pidió bailar, y... bueno, es muy agradable. Hablamos sobre Haydn, y dijo que le gustaría especialmente oírme tocar una de sus sonatas —frunció el ceño—. La que mencionó es bastante simple, la aprendí hace mucho tiempo...

—Entonces sin duda la tocarás excepcionalmente bien, y él quedará muy impresionado —intervino la señora Gardiner, consciente de que Mary a menudo intentaba exhibirse por encima de su nivel de habilidad y quedaba mal.

Los caballeros regresaron entonces, seguidos por una pequeña procesión de lacayos con una jarra de limonada, vasos, una botella de vino y varios platos repletos de comida.

El grupo se dispuso a comer con entusiasmo, la señora Bennet demasiado ocupada disfrutando de la deliciosa comida y preguntándose por qué el señor Darcy presentaría a un joven aparentemente elegible a Mary, de entre todas las personas, como para especular demasiado sobre lo que sus otras hijas pudieran estar haciendo. La señora Gardiner dirigió hábilmente la conversación para evitar avergonzar a Mary o al señor Hutton, y el señor Bennet escuchaba en silencio mientras vigilaba a sus otras hijas. Le complació notar que aunque Kitty había sido escoltada por un oficial, era el capitán Carter, algo mayor y más sensato, quien había sentado a Kitty entre él y el coronel Forster, donde no podía meterse en problemas con los oficiales más jóvenes. Se alegraba de haber insistido en que Lydia se quedara en casa. Sin duda se estaría comportando de manera escandalosa y haciendo el ridículo, como la joven Maria Lucas, que reía sin cesar entre dos de los oficiales más jóvenes.

El señor Bennet miró alrededor de la sala, buscando a sus otras hijas, y las vio sentadas juntas. Jane, por supuesto, estaba al lado del señor Bingley; desde este ángulo, el señor Bennet sospechaba que en realidad ¡se estaban cogiendo de la mano bajo la mesa! Sonrió indulgentemente. Lo desconcertante, sin embargo, era que Elizabeth estaba sentada junto al señor Darcy, quien se inclinaba hacia ella y escuchaba atentamente cada palabra que salía de su boca. El hombre incluso sonreía, ¡la primera vez que el señor Bennet había visto esa expresión en él en sus varios encuentros!

La señorita Bingley estaba sentada al otro lado del señor Darcy, con la boca torcida en un gesto malhumorado. Esta velada no estaba saliendo *en absoluto* como ella había planeado. Ninguno de los amigos de la ciudad había venido, enviando diversas excusas, pero ella podía leer entre líneas que la compadecían, obligada a organizar un baile para su hermano en este espantoso pueblo de campo. Sin embargo, varios de los amigos de su hermano sí habían venido, y aunque amablemente la invitaban a bailar para que nunca le faltara pareja, ¡todos parecían mucho más

interesados en bailar con una u otra de esas espantosas chicas Bennet! Y aunque Darcy había bailado el primero con ella —realmente no le había dejado otra opción— parecía haberla evitado después, ¡y ahora estaba siendo acaparado por la señorita Eliza! A Caroline le picaba la palma de la mano con el deseo de borrar de una bofetada esa sonrisita arrogante de la cara de la mocosa.



# Capítulo Seis

LA CENA HABÍA TERMINADO y se empezó a hablar de cantar. El señor Hutton se inclinó hacia Mary, con quien había estado conversando muy seriamente durante toda la comida, y dijo:

—S-Señorita M-Mary, me daría el mayor p-p-placer escucharla t-tocar. ¿Tiene la pieza de Haydn con usted, o he de q-quedarme d-decepcionado?

—Me la sé de memoria, señor Hutton —dijo Mary tímidamente—. Por supuesto que la tocaré para usted.

Y se dirigió al pianoforte, se sentó y tocó una hermosa y sencilla melodía con gracia natural. Después quedó tan asombrada por el entusiasta aplauso que se quedó paralizada, con las manos sobre el teclado y los ojos tan abiertos como los de un ciervo asustado. Al ver el pánico de su hermana, Elizabeth se levantó y se acercó a ella.

—¡Hagamos un dúo, Mary! —Mencionó otra pieza que ambas conocían bien y que habían tocado juntas a menudo, y tocaron y cantaron muy bonito, Elizabeth tomando la parte alta más complicada, su voz apoyando la más débil de Mary de modo que sonaban muy bien juntas.

De nuevo, el aplauso fue muy entusiasta. Mary vislumbró al señor Hutton de pie, aplaudiendo vigorosamente, y se sonrojó intensamente. Elizabeth la hizo ponerse de pie y ambas hicieron una reverencia al público. El señor Bingley se acercó con una enorme sonrisa en su rostro.

—¡Encantador, encantador! Bien, mis amigos —se volvió para mirar a sus invitados—, este parece el momento más oportuno para agradecerles a todos por asistir a nuestro baile —hizo una pausa mientras aplaudían de nuevo e hizo una reverencia—, y para compartir con ustedes la información de que las dos talentosas damas que acaban de entretenernos tan bien, me enorgullezco de reclamarlas como mis futuras hermanas. Sí —asintió y sonrió mientras un jadeo recorría la sala—, ¡la encantadora señorita Jane Bennet ha consentido esta noche en hacerme el hombre más feliz del mundo!

—¡Ya eres el hombre más feliz del mundo, Charles! —gritó uno de sus amigos—. ¡Pero ahora eres también el más afortunado!

Entre risas y vítores, Darcy escoltó a una sonrojada Jane al lado de Bingley. Este tomó su mano y la besó con exageración.

Dejada con su hermana y un somnoliento señor Hurst, Caroline Bingley enterró la cara entre sus manos y gimió. ¿Podía esta noche infame ponerse *peor*? Se estremeció al oír un chillido detrás de ella.

—¡Oh, señor Bennet! —gritó la señora Bennet—. ¡Hombre bromista, bromista, no dejaste escapar ni una pista! —le dio un golpecito suave en el brazo—. ¡Oh, Jane... señor Bingley! —pero había toda una multitud de gente entre ella y su hija y futuro yerno, y tuvo que contentarse con esperar. Llegaron a ella lo suficientemente pronto, y abrazó a Jane con lágrimas de alegría, y al señor Bingley con no menos felicidad.

—¡Seréis la pareja más feliz del mundo! —exclamó—. ¡Oh Jane, nunca te faltará nada!

—Le aseguro que no será así, señora Bennet —dijo el señor Bingley jovialmente—. Tengo toda la intención de regalarle a Jane su propio carruaje como regalo de bodas, y aunque no tengamos las joyas familiares de algunas de las familias más antiguas, tengo algunas piezas muy bonitas que me dejó mi madre, y estoy seguro de que puedo encontrar más que hagan justicia a la belleza de su hija. De hecho, hace solo unas semanas vi un maravilloso collar de zafiros en el escaparate de Garrards que combinaría perfectamente con sus ojos azules. —Besó la mano de Jane de nuevo, y ella le sonrió, con un resplandor de amor en su mirada, aunque dijo suavemente que no necesitaba regalos tan extravagantes.

—¡Zafiros de Garrards! ¡Un carruaje nuevo! ¡Oh, *Jane*! —La señora Bennet se echó llorando sobre el cuello de su hija.

Caroline Bingley rechinó los dientes. *Ella* había sido quien le señaló ese collar a su hermano, insinuando que podría comprarlo para *ella*. Y ahora esta don nadie del campo sería la que se adornaría con las joyas que ella había codiciado. El odio corría por sus venas, pero entonces respiró hondo y se consoló pensando que tales joyas de *nouveau riche* estarían por debajo de ella, una vez que tomara posesión de las joyas ancestrales de los Darcy. Había persuadido a Georgiana para que hablara de ellas una vez, mientras miraban las imágenes pintadas de las espectaculares piezas en los retratos de los antepasados Darcy en la galería de Pemberley, y las había codiciado desde entonces. El collar de perlas y diamantes que llevaba la madre de Darcy en su retrato hacía que los zafiros de Garrards parecieran cuentas de vidrio barato. Consolándose con la imagen del magnífico collar alrededor de su propio cuello mientras organizaba un baile

para la crema de la alta sociedad en la gran casa de Darcy en la ciudad, logró pegar una sonrisa en su rostro mientras iba a felicitar a su hermano y dar la bienvenida a Jane a la familia.

—La señorita Bingley parece como si acabara de probar un limón, ¿verdad? —dijo la señora Gardiner suavemente, habiéndose acercado a su lado, sin ser notada por Elizabeth y Darcy. Habló tan quedamente que solo ellos dos pudieron oírla, pero Darcy dejó escapar una risotada y Elizabeth tuvo que morderse la lengua apresuradamente para suprimir un inminente ataque de risa.

—Tía Madeline, eso es cruel —dijo Elizabeth con afectación, cuando finalmente logró controlarse—. Seguramente no un limón. ¿Quizás una grosella verde?

Darcy tuvo que darse la vuelta, cubriéndose la boca. Su prima tenía un ingenio malicioso y un sentido del humor, y claramente Elizabeth había pasado mucho tiempo en su compañía. Ahora podía oírlas detrás de él, discutiendo qué podría haber comido la señorita Bingley para poner esa expresión en su cara.

—No, ya sé: leche cuajada —dijo Elizabeth con satisfacción.

—¡Vino avinagrado!

—Una manzana con una avispa dentro.

—Por favor, cesen —suplicó el señor Darcy ahogadamente—, o voy a avergonzarme con un ataque de risa que no podré controlar.

Sintió la mano de la señora Gardiner presionar ligeramente su brazo.

—Está bien, Fitzwilliam, no te obligaremos a ponerte en ridículo.

—Oh, el señor Darcy nunca podría verse ridículo, está libre de defectos; llegamos a esa conclusión hace unos días —dijo Elizabeth con ligereza.

—*Tú* dijiste eso; yo nunca lo afirmé. Dije que cualquiera podría ser ridiculizado por alguien cuyo primer objetivo en la vida es una broma.

—Y *yo* dije que esa no es una imagen fiel de mí, ¡me encanta reír pero no me río de lo que es sabio o bueno!

—Vamos, vamos, portaos bien, mis queridos —dijo la señora Gardiner, al oír que sus voces se elevaban.

El señor Darcy y Elizabeth hicieron una pausa, miraron a su pariente mutua y reconocieron en silencio que tenía razón.

—Ya no creo que tu defecto sea tu propensión a odiar a todo el mundo —ofreció Elizabeth, en un tono más tranquilo.

Darcy sonrió. —Creo que eliges malinterpretar deliberadamente, pero lo haces con tanto encanto que no puedo considerarlo un defecto en ti. Además, tus ojos brillan de una manera particular cuando interpretas mal mis palabras intencionadamente, estoy aprendiendo a reconocer cuándo me estás tomando el pelo.

Elizabeth sonrió ante eso, sus mejillas tornándose de un rosa hechizante. Darcy miró fijamente sus hermosos ojos y pensó en pedirle que bailara, antes de darse cuenta con pesar de que ya lo había hecho dos veces y una tercera estaría más allá de los límites de la propiedad. En su lugar, hizo una reverencia a ambas. —¿Puedo escoltarlas de vuelta al salón de baile? Prima Madeline, ¿podría solicitar un baile?

—¡Qué encantador! —dijo la señora Gardiner—. Me encantaría.

Al volver a entrar en el salón de baile, Elizabeth miró alrededor con cierto temor buscando al señor Collins, pero no estaba a la vista. Mientras la señora Gardiner y Darcy se dirigían a unirse a los bailarines, Elizabeth buscó a Charlotte; pero ella también estaba bailando. Al final, vio a Mary sentada y fue a reunirse con ella, pero para su sorpresa, la encontró en una conversación muy seria con un caballero desconocido.

Al ver a Elizabeth, Mary sonrió y la llamó para presentarle al señor Hutton, quien estaba tan encantado de que una joven le hablara sin siquiera mencionar su tartamudeo o mirarlo con lástima, que casi se olvidó de tartamudear por completo. Causó muy buena impresión en Elizabeth, quien, al ver una mirada ligeramente insegura y celosa en el rostro de Mary, hizo un esfuerzo consciente por no parecer demasiado vivaz y encantadora. Sin embargo, no pudo evitar sobresaltarse de sorpresa cuando el señor Hutton dijo:

—Oh, no me habría perdido este b-baile por nada del mundo. Tanto Bingley como D-Darcy me escribieron, diciendo que debía v-venir, pues esta parte de Hertfordshire albergaba tal abundancia de b-belleza que sería una tontería p-perdérmelo —sonrió, haciendo una ligera reverencia a ambas damas, sin dejarles duda sobre el tipo de belleza que sus amigos habían descrito.

—Del señor Bingley, puedo creerlo —dijo Elizabeth—, pero ¿el señor Darcy? Seguramente exagera.

—N-Nunca, señorita Elizabeth. Déjeme ver, ¿qué decía la carta? —frunció el ceño, mirando hacia arriba pensativo—. *Últimamente he encontrado mucha felicidad admirando los ojos brillantes de una hermosa mujer, de las cuales hay varias por aquí...*

—¡Oh, escandaloso! —exclamaron Elizabeth y Mary al unísono, ambas sonrojándose, y el señor Hutton se rio entre dientes.

—Honestamente, yo también me sorprendí mucho, ¡no tenía idea de que D-Darcy pudiera ser tan elocuente! Decidí que t-tenía que venir por mí mismo para ver qué ojos habían engendrado tales sentimientos —su mirada se posó con curiosidad en Elizabeth por un momento, y le ofreció una pequeña reverencia.

Con las mejillas escarlata, ella no pudo sostener su mirada, recordando las palabras del señor Darcy de hacía solo unos momentos. *Tus ojos brillan de una manera particular*, había dicho, y antes, cuando estaban bailando, la había llamado *extraordinariamente hermosa*. Pensar que el señor Darcy pudiera admirarla creó una sensación cálida desconocida en el estómago de Elizabeth.

—Ni siquiera sé si me *agrada* —murmuró para sí misma, observando al señor Darcy y a su tía bailar con gracia. Su tía se reía y el señor Darcy volvió a mostrar esa amplia sonrisa, la que dejaba ver sus hoyuelos. *Antes de esta noche, ¡ni siquiera sabía que* tenía *hoyuelos! Pero realmente es un hombre muy apuesto, especialmente cuando sonríe*... suspiró y se dio la vuelta. Podría admirarla, pero seguramente no iría más allá de eso. Sin duda, incluso si no se casaba con su prima De Bourgh, habría damas ricas y probablemente tituladas haciendo fila para que él eligiera a su novia. Una chica de campo sin un céntimo estaría muy al final de la lista.

Elizabeth esperaba a medias ser importunada por el señor Collins en cualquier momento, ahora que ya no tenía al señor Darcy a su lado para protegerla con su rango superior, y quedó encantada al escuchar de su tía Philips que le habían ofrecido un viaje hasta Longbourn con los Goulding, que se iban temprano, y se había marchado con ellos, alegando un dolor de cabeza.

La señora Bennet, al escuchar esta noticia, apenas se contuvo de gritar y desmayarse. Su querida Lydia estaba en casa en Longbourn con solo los sirvientes para cuidarla. Lo último que quería la señora Bennet era un posible compromiso de su hija favorita con ese hombre odioso, ¡que haría que la pobre querida Lydia fregara los suelos! Encontró a su marido y le siseó la noticia, ¡y que debían volver a casa de inmediato para proteger la reputación de Lydia!

Mirando alrededor de la sala, el señor Bennet vio a Kitty salir de la pista sin aliento y dirigirse hacia el ponche. —Vamos, vamos, niña, ya es suficiente. Tu madre está cansada y la llevaré a casa ahora, y creo que es mejor que vengas con nosotros. Tu tía puede acompañar a las otras chicas —viendo a Elizabeth observar el baile, se acercó para decírselo. Ella solo asintió distraídamente y le deseó buenas noches.

Después de su baile con la señora Gardiner, Darcy no pudo resistirse a volver al lado de Elizabeth. Se ofreció a traerle un vaso de ponche o limonada, pero ella declinó educadamente, diciendo que no tenía sed.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Darcy? —preguntó Elizabeth después de que hubieran observado el baile en silencio durante unos minutos.

—Puede preguntarme lo que desee, señorita Elizabeth —dijo con toda sinceridad. Las mejillas de Elizabeth se tornaron rosadas de nuevo, apartó la mirada de él y luego tomó un respiro profundo, pareciendo reunir valor.

—Supongo que habrá observado que mi hermana menor Lydia no está aquí esta noche.

—En efecto —concordó Darcy. Habría sido difícil no notar la ausencia de la señorita Lydia, ruidosa, tonta y propensa a mostrarse como tal—. ¿Está enferma?

—No —Elizabeth ladeó la cabeza hacia él—. Es culpable de ser una chica tonta y obstinada. Como lo soy yo, pero Lydia fue lo suficientemente tonta como para expresar sus opiniones en voz alta a nuestro padre.

—Obstinada puedo creerlo —dijo secamente—, pero nunca podría pensar que usted es tonta, señorita Elizabeth. Su ingenio es demasiado agudo para eso.

—Quizás, entonces, soy culpable de orgullo. De hecho, el peor tipo de orgullo, pues en mi vanidad creía tener un entendimiento superior, y no quería creer las palabras de alguien que no solo tenía una creencia en su propia inteligencia, sino un verdadero conocimiento.

—No... tengo el placer de entenderla —dijo Darcy después de unos momentos.

—Supongo que estoy dando vueltas porque no me gusta admitir que estoy equivocada. Muy bien, señor Darcy, iré al grano. Creí que mi propio juicio de carácter era lo suficientemente superior como para atreverme a cuestionar, aunque no fui tan insolente como para hacerlo en voz alta, la veracidad del conocimiento de mi tía sobre las acciones pasadas de nuestro conocido mutuo, el señor Wickham.

La ira negra que descendió sobre el rostro del señor Darcy por un momento la alarmó, y ella dio un pequeño paso atrás, con los ojos muy abiertos. Sin embargo, él se calmó rápidamente con una respiración profunda y le ofreció su brazo. —Por favor, ¿le gustaría dar un paseo conmigo, señorita Elizabeth? La habitación está calurosa.

Pasearon por el pasillo, sin saberlo siguiendo los pasos anteriores de Jane y el señor Bingley. La fiesta estaba más ruidosa ahora; muchos de los invitados algo ebrios y escandalosos. Darcy mantuvo a Elizabeth cerca de él colocando su mano libre sobre la de ella en su brazo e inclinándose para hablar en voz baja en su oído.

—El señor Wickham es un canalla de primera categoría, señorita Elizabeth. ¿Qué le contó la señora Gardiner?

Ella lo miró, con los ojos muy abiertos y vulnerable, y susurró: —Louise.

—Ya veo. Bueno, ella no fue la primera ni la última chica que dejó en tal situación. He descubierto, desde que heredé Pemberley, que mi padre pagó por el mantenimiento de no menos de tres hijos ilegítimos de Wickham solo en Derbyshire. Dios sabe cuántos más pueden estar dispersos por el país. No podía creer, *sabiendo* de sus... inclinaciones... que mi padre aún le dejara un curato, pero he sabido durante muchos años que el señor Wickham nunca debería ser clérigo. Le pagué el valor del curato, acordado entre nosotros en tres mil libras, y le dije que nunca volviera a oscurecer mi puerta.

—¡*Tres mil libras*! —La voz de Elizabeth apenas era un chillido—. ¡Pero eso es una *fortuna*!

—Es, aparentemente, solo una décima parte de lo que Wickham cree que merece. —Darcy bajó aún más la voz—. Señorita Elizabeth, debo pedirle que mantenga lo que estoy a punto de contarle en la más estricta confidencia. Su tía, mi prima, está al tanto de los hechos, pero preferiría que no se lo dijera a nadie más, ni siquiera a la señorita Bennet.

—Tiene mi palabra, señor Darcy —prometió Elizabeth fervientemente, pensando que guardar un secreto era lo mínimo que le debía después de haberlo odiado tan equivocadamente.

—La razón por la que no he expuesto el carácter de Wickham al vecindario es que podría tener el poder de arruinar el buen nombre de mi hermana. Hace solo tres meses, en agosto... —Continuó contándole a Elizabeth todo sobre Ramsgate y la señora Younge, y concluyó—: Pero creo que escribiré una carta a mi primo, el coronel Fitzwilliam, que está con los Regulares, y le pediré que investigue la comisión de Wickham en la milicia. No puedo imaginar de dónde recibió cartas de recomendación sobre su buen carácter, a menos que fueran falsificadas, como resultaron ser las referencias de la señora Younge.

Elizabeth dejó de caminar y lo miró, sus hermosos ojos oscuros nadando en lágrimas. —Oh, señor Darcy —dijo suavemente—, lo siento tanto. Por todo. Por su pobre hermana, por juzgarlo mal, por pensar mal de usted... ¡No es de extrañar que no quisiera bailar con nadie en la Asamblea! Si algo así estuviera en mi mente, me tomaría dos años querer bailar de nuevo, estoy segura, ¡no dos meses! ¿Cómo podría querer disfrutar de algo, sabiendo cuánto debe estar sufriendo su pobre corazón?

Darcy le sonrió, agradecido por su comprensión. —Ella se ha recuperado mucho. Su nueva dama de compañía, la señora Annesley, es una mujer maravillosa y ha hecho mucho para ayudar a Georgiana a entender que no fue su culpa, que Wickham se aprovechó de ella con la esperanza de obtener ventaja pecuniaria de mí. Debo asumir parte de la culpa, también, porque nunca la hice consciente de sus defectos. Ella no sabía nada malo de él. He estado tratando de mantenerla como mi hermana pequeña, intentando, como me atrevo a decir que todos los padres y hermanos

hacen, no permitir que sus niñas crezcan, mantenerlas inocentes de las verdades más duras del mundo.

Elizabeth sonrió ante eso. —Ha aprendido una valiosa lección, entonces, me atrevo a decir. Mi padre sin duda podría ahorrarle muchas angustias si solo lo consultara sobre qué esperar de las adolescentes; después de todo, ¡tiene una vasta experiencia en el tema!

Darcy se sintió impresionado por la idea y asintió. —Creo que debe tener razón, señorita Elizabeth, ¡como de costumbre! Gracias por su sabio consejo. Estoy seguro de que su padre ha aprendido mucho sobre cómo tratar con hijas rebeldes e impertinentes. —Sus ojos brillaron, y la boca de Elizabeth se abrió de par en par.

—¡Qué vergüenza, señor! Su familia podría llamar así a Lydia y Kitty, ¡pero es terriblemente grosero que usted lo haga! —replicó ella, y él se rio.

—¿Acaso mencioné a la señorita Lydia y la señorita Catherine?

Ella le dio un golpecito juguetón en el brazo, y él volvió a reír, un profundo rumor de sonido.

—Wickham describió a su hermana como muy orgullosa —dijo Elizabeth suavemente, cuando habían caminado en silencio amistoso durante unos momentos más. Sintió que el brazo de Darcy se tensaba bajo su mano, pero le tomó un momento hablar.

—Que se atreva a hablar de ella aún... —dijo Darcy entre dientes apretados—. ¿Qué más dijo de ella?

Elizabeth había estado estrujándose el cerebro, tratando de recordar la conversación. —Recuerdo que dijo que era afectuosa y agradable de niña, y que había dedicado horas a su diversión.

—¡Ja! —Darcy dejó escapar un resoplido—. ¡No es probable! Wickham siempre instaba a mis primos y a mí a jugar juegos que eran demasiado mayores para que la pobre Georgiana se uniera.

—La describió como hermosa y muy talentosa —continuó Elizabeth vacilante—, pero dijo que era como usted, muy orgullosa.

—Algunos podrían pensar que lo es —dijo Darcy después de un momento—. Pero la verdad es que es muy, muy tímida, y callada en compañía que no conoce muy bien. Me parece que es bastante parecida a su hermana, la señorita Bennet; reservada con aquellos que no son cercanos a ella. Debo confesarle que antes de esta noche no había alentado a Bingley en su persecución de su hermana, porque realmente no creía que ella correspondiera sus afectos. Más bien pensaba que su madre estaba promoviendo el enlace.

Elizabeth estaba molesta por su presunción, pero tenía que admitir que él tenía parcialmente razón. —Tiene razón en la última parte de su suposición, señor, mi madre ha estado

promoviendo el enlace muy asiduamente. Pero Jane no muestra sus sentimientos a la ligera: teme entregarse demasiado y sentirse decepcionada. Su corazón, sin embargo...

Darcy presionó suavemente sus dedos sobre los de ella. —No necesita decir más, señorita Elizabeth. La expresión en el rostro de la señorita Bennet cuando Bingley anunció su compromiso me hizo ver que había estado muy equivocado. No fue triunfo lo que vi en su expresión, sino amor genuino; y me avergüenza descubrir que mi evaluación sobre ella fue tan errónea.

Caminaron un poco más, y luego Darcy suspiró. —Wickham tiene razón en un aspecto; en efecto, he sido culpable de ser demasiado orgulloso. Ahora me veo claramente. De niño, me enseñaron lo que era *correcto*, pero no a corregir mi temperamento. Me dieron buenos principios, pero me dejaron seguirlos con orgullo y vanidad. Pensando mezquinamente de aquellos fuera de mi círculo familiar, esta noche he sido debidamente humillado al descubrir que algunos de aquellos a quienes había mirado con desdén, son de hecho *parte de* ese círculo familiar.

Esa ceja suya que él estaba aprendiendo a amar se arqueó. —¿Desdén, señor Darcy? —preguntó Elizabeth.

—Para mi propia vergüenza, sí. ¡No usted; nunca usted! Usted y la señorita Bennet son todo lo que es digno de elogio, pero su madre... bueno, su madre es muy parecida a todas las madres casamenteras de la alta sociedad que han estado empujando a sus hijas bajo mi nariz durante años, y la despreciaba por ello. En realidad, ella tiene más motivos que la mayoría, pues ahora veo que es el temor por el futuro de ustedes lo que la motiva a querer verlas a todas bien establecidas, no simplemente motivos mercenarios.

Quizás habrían caminado más tiempo; pero justo entonces la señorita Bingley salió del salón de baile.

—Dios mío, señor Darcy, ¿qué está haciendo aquí fuera? No debe monopolizar a la señorita Eliza, ¿sabe? Estoy segura de que todos los oficiales están ansiosos por bailar con ella —y se aferró al brazo libre de Darcy. Su mirada fulminante a Elizabeth, sin embargo, dejó claro que sentía que era *Elizabeth* quien estaba monopolizando a *Darcy*, y que no se le permitiría hacerlo por más tiempo.

Elizabeth le ofreció a Caroline una encantadora sonrisa. —Muchas gracias por su preocupación, señorita Bingley, pero no siento la necesidad de asegurarme una pareja para cada baile simplemente para gratificar mi vanidad —dijo, y rió para sus adentros mientras los ojos de Caroline se estrechaban.

Caroline no estaba segura de si acababa de ser destinataria de un comentario punzante o no. ¿Acaso la señorita Elizabeth la había visto presentando a una o dos jóvenes damas en grupos de caballeros justo antes de que comenzaran los bailes? Se podría decir que Caroline estaba cumpliendo con su deber como anfitriona al asegurarse de que incluso las flores de pared tuvieran un baile o dos, pero por supuesto los caballeros libres tenían que ofrecerle a ella también un baile. Su vanidad ciertamente se habría visto herida si no hubiera tenido pareja para cada baile.

Caroline le dio la espalda a la descarada señorita campesina, entrelazando su brazo con el de Darcy y arrastrándolo de vuelta al salón de baile. El último set de baile estaba a punto de comenzar y ella había evitado deliberadamente encontrar una pareja para este, decidida a que Darcy terminaría el baile con ella, tal como lo habían comenzado. Pero él dijo de repente:

—Discúlpeme, señorita Bingley —y se dirigió hacia donde su extraño amigo tartamudo estaba hablando con otra de las chicas Bennet, la sencilla. Un momento después, Mary se puso de pie, sonrojada, y aceptó la mano del señor Darcy para unirse al set. El señor Hutton se movió hacia Caroline, sonriendo, y ella se preparó para hablar con el medio tonto. ¡Al menos no tendría que quedarse sentada durante el baile! Pero entonces Hutton pasó de largo junto a ella.

—Señorita Elizabeth, si no tiene pareja para este b-baile, ¿me haría el honor?

Caroline Bingley se quedó sola mientras el baile comenzaba, hirviendo de rabia mientras observaba al alegre cuarteto sonreír y reír juntos.



# Capítulo Siete

EL DÍA SIGUIENTE INAUGURÓ una nueva escena en Longbourn. El señor Collins había decidido, en el transcurso de la noche, que sus perspectivas superaban su situación actual; y que aunque ninguna de las hijas Bennet tuviera una dote significativa, su padre seguramente aumentaría sus ingresos para proveer la comodidad de su hija. Por lo tanto, después del desayuno, al encontrar a la señorita Elizabeth, la señora Bennet y Kitty sentadas juntas, se dirigió a la madre.

—¿Puedo esperar, señora, solicitar el honor de una audiencia privada con su hermosa hija Elizabeth, en el transcurso de la mañana?

Estaba razonablemente seguro del éxito de esta petición; después de todo, la señora Bennet había dejado claro que su único objetivo era ver a una de sus hijas como la señora de Longbourn después de ella. Por eso, se sorprendió bastante cuando la señora Bennet levantó la vista, lo miró fijamente y dijo:

—¡Ciertamente que no!

—¿Cómo dice? —dijo el señor Collins, bastante sobresaltado.

—De ninguna manera tendrá usted una audiencia privada con Elizabeth, señor Collins. No puede tener nada que decir a ninguna de mis hijas.

Y con un resoplido, la señora Bennet volvió a su libro de cuentas domésticas.

El señor Collins se quedó boquiabierto y moviendo las mandíbulas. —¡Igual que una carpa! —se rió Kitty cuando finalmente salió de la habitación. Elizabeth sonrió, pero su expresión cambió a un ceño fruncido cuando oyó que llamaban a la puerta del despacho de su padre.

—Ha ido a ver a papá.

—Bueno, tu padre tampoco lo apoyará, te lo aseguro —dijo la señora Bennet—. ¡Pedirle a una hija de Longbourn que friegue suelos y cuide gallinas! —murmuró. Mary les había contado antes

todo lo que ella y la señorita King habían oído decir al señor Collins después de que el señor Darcy lo pusiera en su lugar la noche anterior—. ¡Ordeñar una cabra! ¡Bah!

—Me alegro de no tener que depender de mi propia cocina —admitió Elizabeth, y Kitty volvió a reírse.

—Oh, Lizzy, no habría importado. ¡Lo habrías envenenado con algo en una semana y habrías vuelto a casa!

Las tres encontraron esto muy divertido y rieron a carcajadas hasta que Lydia entró y exigió que compartieran la broma. Kitty se la llevó arriba para explicárselo, y Elizabeth se quedó a solas con su madre. Oyeron que se abría la puerta del despacho y al señor Collins diciendo en voz alta que había terminado con unos parientes tan ingratos y que se iría enseguida. La puerta se cerró de golpe y lo oyeron subir las escaleras pisando fuerte.

—De todos modos, le habría rechazado, mamá —dijo Elizabeth después de un largo momento. La señora Bennet suspiró y dejó la pluma.

—Sí, Lizzy, estoy segura de que lo habrías hecho. No puedo decir que sea el hombre que habría elegido para ti, ni para ninguna de vosotras, pero está el fideicomiso... Bueno, tendremos que esperar que el señor Bingley sea amable con nosotras —forzó un tono alegre, pero Elizabeth no se dejó engañar.

—Sé que lo hace con buena intención, mamá, pero debe dejarnos encontrar nuestro propio camino —dijo con suavidad—. Me habría hecho profundamente infeliz si me hubiera obligado a casarme con el señor Collins.

—Sí, bueno, eres demasiado buena para él —la señora Bennet sacudió la cabeza—. Y además, ahora que Jane va a casarse con el señor Bingley, ¡vosotras, las más jóvenes, os cruzaréis en el camino de otros hombres ricos!

—*¡Mamá!*

La señora Bennet sonrió con suficiencia, y Elizabeth se dio cuenta, para su asombro, de que su madre estaba bromeando. Rara vez se veía a la señora Bennet de tan buen humor, así que Elizabeth se atrevió a sacar un tema polémico.

—Mamá, debo pedirle que impida que Lydia vaya a Meryton por el momento.

—¿Para qué? —dijo la señora Bennet, frunciendo el ceño, y Elizabeth le cogió la mano.

—No se ha arrepentido de sus palabras de ayer, ni se ha disculpado con mi tía, y sigue diciendo que el señor Wickham es amigo suyo y que no le dará la espalda. En verdad, es una chica tonta y testaruda, que actúa como una niña, y usted sabe que es la única a quien escucha, mamá. Solo su desaprobación frenará su comportamiento. Si no lo hace, estará más allá de toda enmienda;

¡seguramente será conocida como la coqueta más decidida que jamás se haya puesto en ridículo a sí misma y a su familia! Querer asociarse con un hombre como el señor Wickham, *sabiendo* que no es respetable; ¿cómo puede esto no ser despreciable? Lydia es vanidosa, ignorante, perezosa y descontrolada; mi padre no se molestará en controlarla y ella no me escuchará a *mí*. Usted, mamá, *usted* es la única con la capacidad y la autoridad para enseñarle que su exuberancia debe ser contenida, ¡o la respetabilidad de toda su familia se verá afectada!

La señora Bennet se quedó mirando a su segunda hija durante dos minutos enteros en silencio, y Elizabeth empezó a temer que había ido demasiado lejos. Pero no iba a pedir perdón a su madre por decir la verdad, por desagradable que fuera. Permaneció en silencio hasta que la señora Bennet habló, esperando la reprimenda que seguramente vendría.

—Oh, Lizzy —dijo la señora Bennet suavemente—, qué gran tonta debes pensar que soy.

—¿Qué? No, mamá, yo...

—No lo digas, Lizzy. Tienes razón, he estado cegada por el pánico. Pensé que al presentar a mis hijas en sociedad, mi trabajo de educarlas estaba hecho, y que ahora todo lo que tenía que hacer era encontrarles maridos. Pero ahora veo que estaba equivocada, lo que necesito hacer es completar su educación, y los maridos adecuados las encontrarán a *ellas*.

Elizabeth no pudo pensar en nada que decir. Miró sus manos mientras su madre continuaba. —Tienes razón en muchas cosas. El comportamiento de Lydia nunca atraerá a ningún hombre respetable. He oído a los oficiales describirla como 'vivaz', pero en mi corazón sabía que la consideraban coqueta y tonta. Y Kitty: Kitty sigue a donde Lydia la lleva. Cometí un error al convencer a tu padre de que las presentara en sociedad al mismo tiempo. Kitty necesitaba tiempo lejos de Lydia, tiempo en sociedad con el buen ejemplo de sus hermanas mayores para enseñarle la forma correcta de actuar. Sí, incluso Mary —dijo la señora Bennet—. Puede que no tenga la belleza del resto de vosotras, pero es una buena chica a su manera, y anoche lo hizo muy bien. El señor Darcy fue muy amable al presentarle a su amigo, y Mary causó una buena impresión.

—El señor Darcy no es en absoluto lo que pensábamos —dijo entonces Elizabeth.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. Estoy convencida de que puede ser algo reservado, posiblemente incluso nervioso en compañía donde no conoce a todos. Y sabiendo lo que ahora sabemos del señor Wickham, ¡cualquier hombre al que *ese* villano denigre debe ser todo lo contrario de lo que dice!

—Le debemos una gran deuda de gratitud a mi tía Gardiner —confesó Elizabeth—, porque si no hubiera venido aquí y nos hubiera advertido sobre el señor Wickham, me temo que podría haber

dicho algo imprudente al señor Darcy anoche, y causado una escena... y quizás la velada no habría resultado tan bien como lo hizo.

La señora Bennet se volvió para mirar a su segunda hija.

—¿El señor Darcy te admira, Lizzy? —preguntó perspicazmente.

—No lo sé —admitió Elizabeth después de un momento—. Se disculpó por insultarme en la Asamblea, y dijo que en realidad era sumamente hermosa. Y el señor Hutton dijo que el señor Darcy le escribió diciendo que había varias jóvenes hermosas en la vecindad...

La señora Bennet sonrió con suficiencia.

—Bueno, bueno. Me alegro mucho de que haya desenmascarado al señor Collins como un fraude, entonces. ¡Te habrías desperdiciado allí! Diez mil al año; ¡lo de Jane no será nada comparado con esto!

—Mamá, ¡te ruego que no digas nada de esto! —suplicó Elizabeth frenéticamente—. La tía me contó anoche, de camino a casa, algo sobre el hogar del señor Darcy y su familia... ¿sabías que su tío es el Conde de _____, y que Pemberley es una de las propiedades más vastas de Inglaterra? Diez mil al año es probablemente solo una parte de su riqueza. Puede buscar una novia en los círculos más altos, no miraría a una chica de campo sin dote ni conexiones.

—Tal vez tengas razón, querida —reflexionó la señora Bennet—. Y tal vez no. Quizás esté buscando algo que aún no ha encontrado entre los primeros círculos. Para encontrar a tu pareja, a veces hay que buscar en otro lugar.

—Mamá, ¡por favor, detente! Avergonzarás tanto al señor Darcy como a mí si me empujas bajo su nariz. ¡De todos modos, lo único que hacemos él y yo es discutir! Sin duda querría como esposa a alguna dama más dócil y agradable...

—A los hombres no les gusta alguien que esté de acuerdo con cada palabra que dicen, hija —dijo la señora Bennet con firmeza—, puedo decirte *eso*. Ya se habría casado con la señorita Bingley si todo lo que quisiera fuera una aduladora.

En ese momento, su conversación fue interrumpida por la señora Gardiner que entró para unirse a ellas. Elizabeth se sorprendió al descubrir que no sentía ningún alivio particular, como normalmente habría sentido al ser liberada de una conversación privada con su madre. De hecho, la señora Bennet realmente la había escuchado y respetado su opinión quizás por primera vez en su vida.

—¡Ah, hermana! Me alegro de verte; me gustaría tu opinión. ¿Qué piensas del señor Darcy para nuestra Lizzy?

—¡Mamá! —Con las mejillas escarlata, Elizabeth no pudo mirar ni a su madre ni a su tía.

—Le iría muy bien, Fanny, y ella a él. Elizabeth es justo la mujer para alegrar sus estados de ánimo sombríos con sus bromas, y él tiene suficiente fuerza de carácter para manejarla e inteligencia suficiente para igualar su ingenio. Y no puedo pensar en nadie cuyo amor por la naturaleza la haría más adecuada para ser la Señora de Pemberley que nuestra Lizzy —dijo la señora Gardiner, sentándose y sonriendo a su mortificada sobrina.

—¡Ustedes... ustedes... esto es una conspiración! —exclamó Elizabeth, ocultando su rostro tras sus manos.

—Mis motivos son puros, querida, solo me gustaría ver felices tanto a ti como a mi primo, y después de verlos bailar y hablar —*y pasear*— anoche, estoy convencida de que podrían hacerse felices mutuamente —dijo serenamente la señora Gardiner. Elizabeth comprendió inmediatamente que su tía había presenciado al menos parte de su paseo por el pasillo con Darcy, cuando él había sostenido su brazo cerca y habían hablado con gran intimidad.

La señora Bennet aplaudió con deleite.

—Y por supuesto, con Jane casándose con su amigo, ¡habrá muchas oportunidades para que estés en su compañía! El señor Bingley sugirió anoche que le gustaría casarse entre Navidad y Año Nuevo, y por supuesto el señor Darcy será su padrino, y Elizabeth la dama de honor de Jane. Debemos conseguirte un vestido maravilloso, querida —nunca eclipsarás a Jane, por supuesto, pero puedes lucir muy bien por derecho propio— ¡quizás se pueda confeccionar el vestido que te trajo tu tía! —Sonrió radiante a su hija sin palabras.

—Dudo mucho que tengas que esperar tanto para poner a Lizzy en el camino del señor Darcy —intervino la señora Gardiner.

—Vaya, ¿qué quieres decir, Madeline? El señor Bingley se ha ido a Londres al menos hasta finales de semana, y el señor Darcy dijo que no tenía intención de quedarse en Hertfordshire más allá del primero de diciembre...

—Quiero decir que, a menos que esté muy equivocada, ese es el señor Darcy cabalgando por el camino de Longbourn ahora mismo —interrumpió la señora Gardiner—. Y con él está el caballero que fue tan amable con Mary anoche; el señor Hutton, ¿no es así?

La señora Bennet chilló tan fuerte que Elizabeth temió que los caballeros que se acercaban pudieran oírla. Luego la enviaron a cambiarse a un vestido más apropiado, y a decirle a Mary que hiciera lo mismo, ¡y que fuera lo más rápida posible!

Elizabeth se encontró con Mary en lo alto de las escaleras, la agarró del brazo y la arrastró a su habitación. Jane levantó la vista, sobresaltada, desde donde estaba acostada en la cama escribiendo en su diario.

—¿Te gusta el señor Hutton? —susurró Elizabeth a Mary.

—Lizzy... ¿qué? Sí, me gustó mucho... ¿qué estás *haciendo*? —La voz de Mary era un chillido mientras Elizabeth la hacía girar y comenzaba a desabrochar rápidamente los botones de su sencillo vestido marrón.

—Está subiendo por el camino con el señor Darcy ahora mismo, viene a visitarte a menos que esté *muy* equivocada, y, francamente, te ves *anticuada*. Jane, rápido, trae mi muselina verde pálido. Resaltará los ojos verdes de Mary —Le quitó las gafas a Mary—. No, no puedes recuperarlas. Sé muy bien que apenas las necesitas y solo las usas todo el tiempo porque crees que te hacen parecer más respetable y estudiosa.

Jane, riendo, trajo el vestido requerido y ayudó a Mary a abrocharlo mientras Elizabeth aflojaba el apretado moño que Mary se había hecho esa mañana. Un poco de trenzado y unos cuantos alfileres después, Mary estaba completamente transformada y sus hermanas la enviaron apresuradamente escaleras abajo para recibir a sus invitados.

—Ahora es tu turno —dijo Jane.

—¿Qué? —Elizabeth parpadeó.

—Ah, no me pongas esa cara de inocente. Si el señor Darcy está aquí, estoy segura de que es para visitarte a ti.

—No, Jane, seguramente viene a ver a su prima, nuestra tía Gardiner... —Elizabeth titubeó ante la mirada fija de su hermana. Incapaz de mentirle a la cara, permitió que Jane la ayudara a ponerse un vestido fresco y bonito, y le colocara su chal favorito sobre los hombros. Jane le arregló los rizos y le besó la mejilla.

—Baja ya. No, yo no iré. Si preguntan por mí, diles que estoy languideciendo por el señor Bingley. En realidad, estaré ocupada manteniendo a Kitty y Lydia fuera del camino. —Guiñó un ojo y empujó a Elizabeth hacia las escaleras—. ¡Vamos, ve!

*¿Cuándo se convirtió toda mi familia en casamenteros?* se preguntó Elizabeth, un poco resentida, y luego se sonrojó al darse cuenta de que ella era igual de culpable, considerando lo que acababa de hacerle a Mary. Fue así, encantadoramente sonrojada, como entró en el salón y se encontró cara a cara con el señor Darcy.



# Capítulo Ocho

—¡SEÑORITA ELIZABETH!

—Señor Darcy.

Él hizo una reverencia y ella una genuflexión. Considerando la intimidad de las confidencias que habían compartido la noche anterior, Elizabeth encontró extraño no poder mirarlo a los ojos. O quizás era la presencia de su madre y su tía, ambas observándola y luciendo sonrisas idénticas, lo que la inhibía tanto.

—Señor Hutton —dijo—, qué agradable volver a verlo.

—Igualmente, señorita Elizabeth.

Intercambiaron cortesías y luego, sorprendentemente, Mary sugirió que dieran un paseo por el jardín, ya que la mañana estaba seca, aunque no cálida. Quizás ella también estaba sintiendo el impacto de aquellas sonrisas presuntuosas, pensó Elizabeth. Aceptó con presteza, al igual que los caballeros, y pronto los cuatro jóvenes caminaban por los senderos de Longbourn.

—Encuentro esta escena curiosamente familiar —comentó el señor Darcy después de unos minutos, mientras seguían al señor Hutton y a Mary, quienes estaban sumidos en una profunda conversación.

—¿Cómo así, señor? Esta es su primera visita a Longbourn.

—Sí, pero una vez más, parece que estoy actuando como chaperón para una de sus hermanas y uno de mis amigos —dijo con sequedad.

Elizabeth no pudo evitar reír disimuladamente detrás de su mano ante eso. Y luego se detuvo y lo miró seriamente.

—Mary es muy tímida, e incluso más ignorante de las costumbres del mundo que la mayoría de las chicas de su edad —dijo vacilante—. El señor Hutton... ¿es sincero en su interés?

—John ha estado buscando desde hace tiempo una chica a quien no le importe su tartamudeo —dijo Darcy con honestidad—. Es muy rico, en realidad, aunque prefiere que no se sepa. Ha sido engañado demasiadas veces pensando que las amistades y el afecto eran para él mismo, en lugar de para su dinero.

—A Mary no le importa el dinero, y ciertamente no le importaría su tartamudeo —dijo Elizabeth con certeza—. Si a él le gusta, sin duda deberían llevarse bien juntos. ¡Qué encantador sería si viera a dos de mis hermanas felizmente casadas!

—¿No desea usted una situación así para sí misma? —Su voz era profunda y suave, y de alguna manera Elizabeth no podía mirarlo directamente.

—Estoy decidida a casarme solo con un hombre a quien pueda estimar y con quien comparta un verdadero afecto —dijo, forzando una risita ligera—, y como soy una criatura tan impertinente y *apenas tolerable*, estoy convencida de que no hay hombre sensato y respetable que pueda amarme. Así que, ¡me he resignado a ser una tía solterona y a enseñar a todos los numerosos hijos de mis hermanas a dibujar y tocar el piano muy mal!

—Eso sería un trágico desperdicio. —El señor Darcy la hizo detenerse, y ella se arriesgó a mirarlo. Él la contemplaba con ojos insondablemente oscuros, y ella apartó la mirada hacia sus pies—. Eliz... señorita Elizabeth, sin duda es usted la dama más impertinente que he conocido jamás, pero ya le he dejado muy claro que es mucho más que meramente tolerable. No sé si alguna vez podría sentir tal afecto y estima como describe hacia *mí*, pero debe permitirme decirle cuán ardientemente la admiro y la amo.

Elizabeth no sabía qué decir, y después de un momento comenzó a caminar de nuevo. Pasaron varios minutos largos antes de que pudiera hablar.

—Señor Darcy... hace un día, lo despreciaba más que a cualquier otra persona que hubiera conocido. En el espacio de un día, mis sentimientos han sufrido un cambio tan sustancial que lamento informarle que no tengo la más mínima idea de cuáles son actualmente.

Él se rió de eso y le aseguró que debería tomarse todo el tiempo que necesitara para empezar a esbozar su carácter de nuevo.

—Pero, ¿no se va pronto, señor Darcy? Mi madre entendió que tenía la intención de quedarse en el campo no más tarde del primero de diciembre.

—Esa era mi intención original —la miró y presionó ligeramente sus dedos donde descansaban en su brazo—. He cambiado mis planes. Mi hermana Georgiana y mi primo, el coronel Fitzwilliam, se unirán a nosotros en Netherfield antes de Navidad. Le he encargado a Bingley que les entregue las invitaciones mientras está en Londres. Bingley me confió que espera casarse

con la señorita Bennet antes de fin de año, así que todos estaremos aquí para la boda. Ahora es mi esperanza que, en ese tiempo, y con la oportunidad de conocer a lo mejor de mi familia, usted llegue a pensar mejor de mí.

Elizabeth estaba a punto de asegurarle que ya pensaba mucho mejor de él, cuando algo se le ocurrió.

—Pero señor Darcy... ¡Georgiana no puede venir a Netherfield! El señor Wickham está en la vecindad... —Mantuvo su voz baja para que los otros no pudieran escucharla de ninguna manera.

—Él se habrá ido mucho antes de que ella llegue —dijo el señor Darcy con severidad—. Anoche tuve unas palabras con el coronel Forster y con su segundo al mando, Carter, y pasé a verlos esta mañana antes de venir aquí. Unas pocas averiguaciones entre sus compañeros oficiales han revelado que ya debe más de dos años de su salario en deudas de juego, y uno de ellos lo ha acusado de hacer trampa en las cartas. Sus cartas de referencia están siendo investigadas, y no tengo duda de que al menos una de ellas es falsa. Se supone que está firmada por mi primo el Coronel —respondió a la mirada inquisitiva de Elizabeth—, y como Richard preferiría atravesar a Wickham con una espada antes que empuñar una pluma por él, la llegada de mi primo significará un cambio muy significativo en la fortuna del señor Wickham. Por el bien de mi querido padre, le he ofrecido al señor Wickham una elección. Puede aceptar la justicia militar por su referencia falsificada y luego ser enviado a la prisión de deudores una vez que eso se resuelva; o puede aceptar cien libras y un pasaje de ida a las Américas, y yo saldaré sus deudas aquí.

—¿Aceptó su oferta? ¡Seguramente es más de lo que merece, considerando lo que ha hecho!

—Tengo que admitir que no estoy seguro —dijo el señor Darcy serenamente—, estaba demasiado ocupado recogiendo sus dientes del suelo después de insultar el honor de mi hermana. Unos días en la cárcel para pensarlo hasta que llegue mi primo lo harán llegar a la decisión correcta, estoy seguro. —Flexionó su mano derecha con una sonrisa satisfecha.

Por un momento, Elizabeth lo miró sin habla, y luego comenzó a reír. Las alegres campanadas de su risa flotaron en el aire frío y quieto, y frente a ellos, el señor Hutton y Mary se volvieron para mirar hacia atrás. El señor Hutton sonrió a su amigo y luego tiró suavemente del brazo de Mary, haciéndola avanzar una vez más. Mientras caminaban alrededor del costado de la casa, Elizabeth vio el carruaje del señor Collins alejándose, con el hombre mismo sentado rígidamente dentro, su rostro firmemente apartado de Longbourn.

—¡Buen riddance! —murmuró. El señor Darcy la escuchó, vio la dirección de su mirada y sonrió en acuerdo.

Regresaron al salón después de media hora, ligeramente helados, y se alegraron de encontrar el fuego bien avivado y té caliente esperándoles, junto con unos deliciosos pasteles. Los dos caballeros participaron con entusiasmo. Elizabeth no podía imaginar qué le habría dicho su tía a su madre, pero la señora Bennet se mostró encantadora y amable con ambos invitados, y aunque insistió bastante en que vinieran a cenar la noche siguiente, no avergonzó a ninguna de sus hijas en lo más mínimo. Tanto el señor Darcy como el señor Hutton aceptaron gustosamente la invitación, y el señor Hutton declaró que encontraba Netherfield tan agradable y la sociedad de Hertfordshire tan acogedora y afable que había decidido quedarse mucho más tiempo del que originalmente había planeado.

—Iba a v-volver a Yorkshire para Navidad —dijo—, pero en realidad n-no tengo nada que hacer allí. Preferiría quedarme aquí con mis a-amigos, tanto los antiguos como los nuevos. —Sonrió felizmente a Mary, quien se sonrojó y bajó la mirada a sus manos, con una pequeña sonrisa complacida curvando sus labios.

—Bingley y yo siempre estamos encantados de tenerte con nosotros —dijo Darcy, dando una palmada en el hombro a su amigo—, y sé que ya te ha invitado a quedarte todo el tiempo que desees. La sociedad local sin duda apreciará tu presencia, ¿no es así, señora Bennet?

—Cualquier amigo del señor Bingley y el señor Darcy es muy bienvenido en esta casa, por supuesto —dijo la señora Bennet—, y sin duda en todas las casas del condado.

Hacía mucho tiempo que Elizabeth no se sentía orgullosa de su madre, y no avergonzada por ella. Pero en ese momento, estaba muy impresionada por el encanto cortés de la señora Bennet como anfitriona, y pensó que aún tenía algunas cosas que aprender ella misma, observando a su madre preparar expertamente otra taza de té para sus invitados y animarles a probar una rebanada del pastel de frutas de la cocinera.

Por supuesto, una vez que los caballeros se hubieron marchado, con promesas de volver al día siguiente para cenar, la señora Bennet no pudo contener su entusiasmo, pero nadie le reprochó su emoción. Fue Jane quien inocentemente soltó la bomba más tarde esa tarde, cuando todas estaban sentadas cosiendo diligentemente cerca del fuego. La señora Gardiner estaba bromeando suavemente con Mary sobre las atenciones del señor Hutton, y Jane levantó la vista con curiosidad.

—¿En serio, Mary? Bueno, serás muy importante.

—¿Qué quieres decir, Jane? —preguntó Elizabeth.

—Pues, el señor Bingley me dijo que el señor Hutton tiene una hermosa finca llamada Hutton Bonville en el norte de Yorkshire, que le proporciona tres mil libras al año, pero eso es lo de

menos, pues el señor Hutton es el único heredero de su tío abuelo, el Conde de _____.

La señora Bennet chilló y casi se desmayó, y los ojos de Mary se pusieron en blanco. Se necesitaron sales aromáticas para ambas, y el resto de la noche se pasó calmando las efusiones de una y el pánico de la otra.

—No puedo imaginar por qué el señor Darcy presentaría a un amigo tan rico e importante como el señor Hutton a nuestra familia, Jane —dijo Elizabeth mientras se preparaban para dormir—. ¡Y a *Mary*, nada menos!

—Tal vez pensó que congeniarían —Jane se encogió de hombros—. El señor Hutton parece terriblemente tímido, con ese tartamudeo, y nada presuntuoso. Me pareció muy agradable, aunque bastante serio, y de una mentalidad bastante similar a la de Mary, en realidad. —Se volvió hacia Elizabeth, con una ceja levantada en una expresión que Elizabeth sabía que ella misma a menudo usaba, pero rara vez veía en Jane—. ¿No puedes imaginar por qué el señor Darcy querría ayudar a nuestra familia a mejorar sus conexiones, Lizzy? ¿*De verdad* no puedes?

Elizabeth no dijo nada más, solo apagó la vela y hundió sus mejillas ardientes en las almohadas, demasiado confundida para saber qué pensar.

El señor Darcy y el señor Hutton, en efecto, vinieron al día siguiente, bastante temprano para una cita de cena, pero Elizabeth y Mary estaban encantadas de caminar con ellos de nuevo. Jane y Kitty bajaron a la hora de la cena y se sentaron a la mesa con ellos, pero Lydia no se veía por ninguna parte. Elizabeth miró a su madre con curiosidad, pero la señora Bennet solo negó con la cabeza y después murmuró a Elizabeth que creía que era mejor que Lydia estuviera confinada arriba hasta que mostrara verdadero remordimiento y disposición para disculparse sinceramente por sus acciones.

Elizabeth solo pudo mirar a su tía con asombro agradecido. Cómo la señora Gardiner había persuadido a la señora Bennet para que finalmente tomara mano firme con Lydia, no podía imaginarlo. No podía saber que fueron sus propias amonestaciones a su madre las que hicieron que la señora Bennet mirara detenidamente a su hija menor y se diera cuenta de que Lydia se estaba comportando de la manera más mimada e infantil imaginable, y que lo último que tal comportamiento merecía era más oportunidades de exponerse en sociedad. Como tal, la señora Bennet había declarado que Lydia ya no saldría hasta que hubiera demostrado a su familia que era capaz de actuar de manera madura y responsable.

Lydia lloró, suplicó y finalmente gritó hasta caer en un ataque de histeria, pero su madre no se conmovió. Se sentó plácidamente en la cama de Lydia, y cuando Lydia finalmente se detuvo para tomar aire, dijo: —Bueno, esa fue una exhibición digna de una niña de cinco años. Cuando

seas capaz de comportarte como si tuvieras quince en lugar de cinco, tal vez te consideraré digna de mi atención. Hasta entonces, me temo que es hora de volver a la guardería.

Para la absoluta humillación de Lydia, su madre realmente la había hecho ir a la guardería, ¡y le había enviado huevos pasados por agua, pan y un vaso de leche para cenar! Habría bajado corriendo para hacer una escena, excepto que la señora Bennet había instalado a su ama de llaves, la señora Hill, junto a la puerta con una vara, con instrucciones estrictas de usarla en el trasero de Lydia si se atrevía a portarse mal. Lydia nunca había sido azotada en su vida, pero había oído que dolía muchísimo, y el brillo marcial en los ojos de la señora Hill la convenció de cuidar sus modales por temor a que el ama de llaves encontrara una excusa para darle una lección.

La señora Hill había soportado mucho de Lydia a lo largo de los años, y estaba ansiosa por que Lydia le diera una razón para darle a la mimada señorita lo que se merecía. Se sorprendió bastante cuando Lydia se sentó, comió su cena mansamente y preguntó qué debía hacer cuando terminara.

La señora Hill consideró decirle a Lydia que debía bajar a la cocina y lavar los platos, pero decidió que podría ser demasiado sin antes pedir permiso a la señora Bennet. En su lugar, señaló la librería.

—Sé muy bien que prestaste poca atención a las lecciones en los años que pasaste en el aula, señorita. Sin duda puedes encontrar algo allí para educarte y aprender mejor lo que tus padres esperan de ti.

Lydia quería hacer un comentario inteligente, pero la señora Hill golpeó la vara contra el marco de la puerta de manera significativa, y en su lugar fue silenciosamente hacia la librería. Todo en ella era aburrido; ni una revista de moda a la vista. Al final, agarró el libro más delgado —uno sobre gestión básica del hogar— y se dejó caer de nuevo en su asiento.

La señora Hill murmuró algo sobre que Lydia tal vez aprendería algo útil por una vez, pero Lydia la ignoró estudiadamente. En su lugar, abrió el libro y miró las páginas mientras sus ojos se llenaban lentamente de lágrimas.



# Capítulo Nueve

—¿HAS TOMADO TU DECISIÓN, Wickham?

El hombre sucio y barbudo sentado en la paja de la celda se parecía poco al soldado elegante que había sido solo unos días antes. Levantó la barbilla y escupió a Darcy, pero el escupitajo ni siquiera llegó a la puerta con barrotes. Darcy, de pie fuera de la celda, ni se inmutó.

—Es, por supuesto, enteramente tu elección. Sin embargo, te recomendaría que consideraras mi oferta. Tengo entendido que algunos de tus antiguos camaradas están bastante ansiosos por aplicar los latigazos que la justicia militar requeriría, antes de que te arrastren a la prisión por deudas.

Wickham lo miró con furia, su mandíbula moviéndose sin emitir sonido. Y entonces vio, detrás de Darcy, la figura de una mujer alta y esbelta, con capa y capucha, su rostro en la sombra.

—Georgiana —croó—, no le dejes hacer esto. Tú me apreciabas una vez...

Darcy se rió amargamente.

—¿En serio crees que dejaría a mi hermana a veinte millas de ti, Wickham? No, esta es alguien que ha esperado ver que se haga justicia durante mucho tiempo. Ella cree que estoy siendo demasiado misericordioso, pero ha accedido a ayudarte en tu camino, para asegurarse de que no tengas la oportunidad de difundir tus mentiras sobre Georgiana aquí en Inglaterra.

La mujer dio un paso adelante, bajándose la capucha, y Wickham exhaló un siseo al reconocer a Madeline Gardiner.

—*Tú*.

Ella le sonrió con tensión.

—Hola de nuevo, señor Wickham. Estoy lista para partir, Darcy —miró a su primo—. Haz que lo suban.

—Espera —soltó Wickham, presa del pánico—. Me ofreciste una elección. No dejes que *ella* me lleve... ¡me matará!

—Mi prima me ha dado su palabra de que te llevará a salvo al barco con destino a las Américas. Tu dinero lo tendrá el capitán y te lo entregará cuando desembarques. —Darcy se encogió de hombros—. Una vez que estés allí, Wickham, no me importa lo que hagas. Mientras nunca vuelvas a pisar las costas de Inglaterra, tú y yo habremos terminado.

Se miraron con odio mutuo durante un rato, y luego Wickham asintió, derrotado. Darcy hizo un gesto y un momento después estaban abriendo la puerta de su celda y lo arrastraban fuera, aún con grilletes, para meterlo en un carruaje cerrado. Dos soldados armados se sentaron en el otro asiento, observándolo atentamente. Antes de que se cerrara la puerta, Wickham vio a Darcy levantando la mano de la señora Gardiner hasta sus labios antes de ayudarla a subir a un carruaje mucho más elegante. Un momento después, los dos vehículos se pusieron en marcha, dirigiéndose hacia el sur en dirección a Londres.

Condujeron directamente hasta los muelles, y Wickham fue llevado a un pequeño almacén vacío, donde le quitaron los grilletes y le entregaron ropa limpia, aunque bastante raída. Se la puso con gusto, feliz de deshacerse de sus harapos manchados de sangre, y siguió a los dos soldados hasta el muelle donde un gran barco estaba amarrado, evidentemente preparándose para zarpar.

Un par de marineros fornidos se acercaron, asintieron a los soldados y se hicieron cargo de Wickham. Él los siguió, consciente de que la señora Gardiner estaba sentada en su carruaje un poco más allá en el muelle, observándolo, sin duda. Claramente no se le iba a dar ninguna oportunidad de escapar, y Wickham respiró hondo y se preparó para enfrentar su nueva vida. Adoptó su nueva sonrisa de labios cerrados —¡maldito Darcy por haberle tirado los dientes delanteros, de todos modos!— y subió por la pasarela hasta el barco.

—Espera ahí —ordenó bruscamente uno de los marineros, señalando un rollo de cuerda—. El capitán hablará contigo después de que zarpemos.

Wickham estaba a punto de argumentar que quería bajar y ver su litera, pero el marinero acarició un largo cuchillo envainado a su costado, y lo pensó mejor. En su lugar, se sentó en el rollo de cuerda.

El barco zarpó no treinta minutos después, pero pasaron unas tres horas, cuando ya habían salido del río Támesis y navegaban hacia mar abierto, cuando el capitán vino a hablar con Wickham.

—¿Eres Wickham? —dijo escuetamente.

—Sí, señor, un placer conocerlo. —Wickham se puso de pie y ofreció su sonrisa de labios cerrados, hablando de la manera más caballerosa que pudo—. Aún no he tenido el gusto de

saber, ¿qué magnífico barco es este, y a qué puerto nos dirigimos? —Esperaba que fuera Jamaica. Tenía que haber muchas oportunidades allí, con esposas aburridas de los dueños de plantaciones. O tal vez Nueva Orleans. Había oído cosas buenas sobre esa ciudad.

—Tengo instrucciones de dejarte en nuestro primer puerto de escala, que es St John's. —Viendo la mirada desconcertada de Wickham, el capitán sonrió tensamente—. Terranova. —Wickham seguía sin parecer entender, así que elaboró más—. Es una isla frente a la costa este de Canadá. Muy al norte. Malditamente frío en invierno. Me atrevo a decir que esquivaremos icebergs para llegar allí.

—No pensé que los barcos de correo navegaran a Canadá en invierno —dijo Wickham, comenzando a sentir los primeros indicios de temor.

El capitán ladeó la cabeza y esbozó una ligera sonrisa.

—¿Pensaste que esto era un barco de correo, señor Wickham? No, no, esos zarpan de Falmouth para la travesía del Atlántico. Este es el *Scarborough Star*. Es propiedad de Bingley Shipping, y una vez que hayamos depositado nuestra carga en varios puertos a lo largo de nuestra ruta, recogeremos mercancías para regresar a Inglaterra, para Gardiner Imports. Cada hombre en mi barco trabaja para los Bingley o los Gardiner, señor Wickham. Querrás ser muy cuidadoso a bordo del buen barco *Scarborough Star*.

Dejado solo en la cubierta mientras el capitán se alejaba, Wickham se dio la vuelta y miró fijamente las costas de Inglaterra que se alejaban. Se preguntó, brevemente, si tendría una mejor oportunidad de sobrevivir si saltaba ahora e intentaba nadar hasta la orilla. Mejor eso que ser arrojado por la borda en medio del Atlántico en plena noche, supuso. Pero las olas incluso ahora eran grises y agitadas, y nunca había aprendido a nadar. Al final se sentó de nuevo en el rollo de cuerda. ¿Qué más podía hacer?

~~~~~~~~~~~~~~~~

El señor Bingley regresó a Netherfield después de una ausencia de seis días, y encontró, para su placer, que el señor Hutton se había quedado y no tenía ninguna intención de irse. Darcy estaba absolutamente encantado ya que significaba que los dos habían podido pasar su tiempo ocupados con *actividades masculinas*, lo que principalmente implicaba evitar a Caroline Bingley tanto como fuera posible, y pasar una buena parte de cada día en Longbourn.

Por fortuna, Caroline desconocía este hecho. Ya estaba bastante molesta porque salían todos los días «a cabalgar o cazar». El señor Hurst era demasiado perezoso para acompañarlos, así que ella nunca se enteró de que los dos caballeros se desviaban hacia Longbourn en cuanto perdían de vista Netherfield. Rara vez regresaban antes de la hora de cenar —¡y a veces ni siquiera
~~~~~~~~~~~~~~~~

entonces!—, lo que la disgustaba enormemente y la hacía desear que su hermano animara al señor Hutton a marcharse para poder «tener a Darcy para ella sola», como solía decir.

El señor Bingley escuchó con mucha paciencia la diatriba de su hermana, pensando en silencio lo tonta que se estaba poniendo.

—Por supuesto que no —dijo al fin cuando ella terminó—, ¡suena como una diversión maravillosa y me alegro tanto de haber vuelto para poder unirme a ellos! —Él era muy consciente de lo que Darcy y Hutton habían estado haciendo en realidad, pues había recibido una carta de Jane justo el día anterior en la que mencionaba, con evidente diversión, que sus hermanas estaban siendo cortejadas con bastante asiduidad por sus amigos.

A Bingley le parecía una idea maravillosa. Darcy era su amigo más cercano y Hutton era un tipo estupendo; tenerlos como cuñados, en opinión de Bingley, sería la guinda del pastel de su matrimonio con la señorita Bennet. Ahora, si tan solo pudiera encontrar a alguien que se llevara a Caroline, preferiblemente alguien que viviera *muy* lejos —Gales podría servir— o Irlanda...

—¿Charles? Charles, ¿me estás escuchando?

—¿Cornualles?

—*¿Qué?*

—Nada, nada —dijo Bingley apresuradamente—. Perdona, Caroline. Te dije que te aburrirías aquí si insistías en venir —intentó aplacarla—. ¡Te dije que Darcy y yo planeábamos usar la casa como pabellón de caza!

Caroline resopló.

—¡Lugar espantoso! ¡Un pabellón de caza es lo único para lo que sirve! No puedo imaginar por qué querrías comprarlo...

—No planeo comprarlo. Tengo un arrendamiento de seis meses, Caroline, y no creo que lo renueve. Aunque disfruto mucho de la sociedad de por aquí, y siempre le tendré cariño a Netherfield porque fue mientras vivía aquí que conocí a mi querida Jane, no es el tipo de propiedad que nos convenga. Hutton me ha hablado de un lugar muy agradable que conoce en venta en West Riding, pienso ir a verlo en primavera.

Caroline soltó un pequeño grito.

—*¿Yorkshire?*

—Ahí es donde está West Riding, sí.

—¡Pero eso está... eso está en el *norte*!

Bingley ladeó la cabeza mirándola.

—También lo está Derbyshire —señaló—, pero aún no te he oído quejarte de la ubicación de Pemberley.

Caroline estaba demasiado alterada ante la idea de ser arrastrada a vivir en las tierras salvajes del norte como para pensar en una réplica adecuada, y para cuando finalmente se le ocurrió una, Bingley ya se había ido. Ordenó que le ensillaran el caballo y partió, contento de ya no necesitar una excusa para dirigirse directamente a Longbourn.

La reacción de Jane cuando lo hicieron pasar al salón fue todo lo que podría haber esperado. Su sonrisa iluminó la habitación y sus ojos brillaron mientras lo miraba. Bingley cruzó la sala hacia ella, tomó su mano entre las suyas y la besó.

—Te he echado *muchísimo* de menos —le dijo en voz baja.

—Yo también te he echado de menos —dijo Jane, mirándolo detenidamente. Estaba muy apuesto con su cabello rubio y rizado alborotado por el viento—. Aunque he estado ocupada, haciendo de carabina de mis hermanas.

—¿De veras? —Bingley apartó los ojos de ella por unos momentos y miró alrededor de la sala. El señor Hutton y Mary estaban en la mesa juntos, con las cabezas inclinadas sobre algún viejo tomo. El señor Darcy y Elizabeth estaban sentados junto a la ventana, con un tablero de ajedrez entre ellos. Jane, sentada junto al fuego con su labor de aguja, estaba evidentemente allí en el papel de carabina. El señor Bingley la miró y le dio una sonrisa algo pícara—. Pero, ¿quién nos hará de carabina a usted y a mí, señorita Bennet?

—He oído eso, señor Bingley —llamó Elizabeth desde su asiento, aunque no apartó los ojos del tablero de ajedrez—. ¡Compórtese!

Él se rio, sin avergonzarse en absoluto, y recorrió la sala saludando a todos efusivamente, diciendo lo feliz que estaba de estar de vuelta.

—¿Ha concluido todos sus asuntos? —preguntó Darcy.

—Sí, sí. El *Scarborough Star* zarpó anteayer —Bingley le dio a Darcy un asentimiento tranquilizador—. *Toda* su carga bien acomodada a bordo. —Miró al señor Hutton, y luego a Darcy, y se volvió hacia Jane, sonriendo traviesamente—. Señorita Bennet, debo preguntarle. ¿Qué es lo que su madre pone en el té aquí en Longbourn? No se me ocurre otra explicación de por qué su casa ha estallado en tal erupción de caballeros enamorados.

Elizabeth estalló en carcajadas.

—Señor Bingley, si mi madre de verdad conociera tal ingrediente secreto para el té, ¡todas estaríamos dotadas como la realeza!

Hutton y Darcy parecían avergonzados, pero no ofendidos en absoluto, e incluso Mary sonreía. Jane tocó la campanilla para pedir el té, y Bingley acercó una silla para sentarse junto a ella. Jane dejó a un lado su labor para prestarle toda su atención, y él no podría haber sido más feliz.

Su paz se vio quebrada apenas cinco minutos después cuando se oyó el sonido de un carruaje subiendo por el camino. Elizabeth se asomó a la ventana.

—Es un equipaje muy elegante, pero no lo reconozco. Me pregunto a quién pertenecerá.

El señor Darcy volvió la cabeza para mirar también, y un momento después se puso de pie de un salto, pálido.

—¡Es mi tía, Lady Catherine De Bourgh!



# Capítulo Diez

—¿QUÉ PUEDE QUERER AQUÍ? —preguntó Elizabeth, perpleja, siguiendo a Darcy hacia el vestíbulo. Él se volvió y tomó sus manos entre las suyas. Ella se sonrojó, aún no acostumbrada a tal intimidad a pesar de que él se había acercado a su padre para solicitar un cortejo formal hacía tres días, y había estado mucho en su compañía desde entonces.

—Sospecho que el señor Collins corrió directo a Kent con el rabo entre las piernas y le contó sus penas a Lady Catherine, incluyendo una selección de fragmentos sobre mi interés en ti que habría sido como presentar una capa roja a un toro. Ya te he dicho que no estoy atado ni por honor ni por inclinación a mi prima Anne; Lady Catherine se ha engañado durante años pensando que cederé y me casaré con ella. Para evitar la ruptura familiar que se produciría si me negara rotundamente, nunca lo he hecho hasta ahora.

Elizabeth frunció los labios.

—Y ahora esos pollos vienen a casa para dormir.

—Lo hacen con venganza, en la puerta de Longbourn. Preferiría que la confrontación que se avecina ocurriera en cualquier lugar menos aquí, pero no hay forma de evitarla ahora. Todo lo que te pido, queridísima Elizabeth, es que me dejes enfrentarla solo. No es necesario que sufras el veneno que ella derramará sobre ti y tu familia.

—No lo haré —levantó la barbilla con orgullo—. Mi valor aumenta con cada intento de intimidarme. Las palabras no pueden herirme, pues estoy revestida con la armadura de saber que me amas.

Él no dijo más, pues Hill estaba abriendo la puerta para dejar entrar a Lady Catherine, pero la mirada que le dirigió a Elizabeth la hizo sentir bastante cálida por dentro. Lado a lado, esperaron a la agresora.

Elizabeth se sorprendió bastante al ver que Lady Catherine De Bourgh era una dama bastante pequeña, no más alta que ella misma. Llevaba un bastón en la mano, pero parecía ser una afectación, pues la punta nunca tocaba el suelo. En su lugar, lo usaba para señalar y para puntuar sus declaraciones, que eran pronunciadas con toda la fuerza que podía reunir.

Darcy logró hábilmente escoltar a Lady Catherine hasta el salón, donde ella miró alrededor y resopló con desdén, antes de fijar sus penetrantes ojos negros en Elizabeth, señalándola con su bastón y diciendo:

—¿Esta es, entonces, la muchachita que se cree por encima de ser la esposa de un párroco? ¿Que ha rechazado una vida de comodidad y facilidad bajo mi patrocinio, para llegar mucho más allá de sí misma e intentar entrar en una esfera a la que nunca será admitida? ¡Darcy, pensé que eras mejor que esto, que te dejaras engañar por una aventurera! Bastante bonita, te lo concedo, ¡pero seguramente puedes disfrutar de sus favores sin tener que firmar el registro por ellos!

—¡Ya es suficiente, señora! —dijo Darcy bruscamente—. No insultará a la señorita Elizabeth de nuevo, ¿me he explicado con claridad?

—¡Solo si me das tu promesa de nunca comprometerte con ella!

—No puedo ofrecer tal promesa. Si la señorita Elizabeth alguna vez se dignara a aceptar mi mano, me consideraría el más afortunado de los hombres.

Lady Catherine, viendo que no iba a ceder, se volvió hacia Elizabeth.

—¡Y usted! Lo arruinará, señorita, ¿me entiende? Ninguno de nuestra familia la reconocerá. Los antiguos amigos de Darcy cruzarán la calle para evitarlos a ambos. Pemberley estará desolado de buena sociedad... —aquí se interrumpió, pues Darcy le había arrebatado de la mano el bastón que, en su opinión, se acercaba peligrosamente al pecho de Elizabeth.

—Qué sarta de tonterías —dijo él bruscamente—. ¡Mis dos mejores amigos están en otra habitación de esta casa en este mismo momento, cortejando a dos de las hermanas de la señorita Elizabeth! En cuanto a mi familia, la única que probablemente no aceptará con gusto que me case con alguien que me hará feliz, ¡es usted misma!

—¿De qué sirve la felicidad? —se burló Lady Catherine—. Tú y Anne tendrán Rosings y Pemberley, una unión de dos grandes propiedades, linajes nobles...

—Y sin felicidad, esas cosas serían como cenizas —habló Elizabeth por primera vez—. ¿Es usted tan infeliz, Lady Catherine, que no puede soportar ver a nadie más encontrar alegría?

—¡No te di permiso para hablar! —espetó Lady Catherine.

—¡Yo no le di permiso a *usted* para insultarme en mi propia casa!

—¡Cómo te atreves, señorita! ¡Insolente ramera!

—¡BASTA! —rugió Darcy, y agarrando a Lady Catherine por el brazo, casi la arrastró fuera de la casa—. Váyase —le ordenó bruscamente—, y no me moleste de nuevo hasta que esté lista para disculparse. ¡Le advierto que si se atreve a difamar a la señorita Elizabeth otra vez, dejaré que se sepa la verdad que ha ocultado durante tanto tiempo! —Sostuvo la mirada de Lady Catherine durante un largo momento, hasta que ella se marchitó y apartó la vista. Subió a su carruaje sin decir una palabra más, pero con muchas miradas furiosas.

Darcy llevó a Elizabeth de vuelta adentro antes de que el carruaje estuviera siquiera a mitad de camino por el sendero. Ella se moría de ganas de preguntarle qué verdad había ocultado Lady Catherine, él podía verlo en su rostro, así que antes de volver a entrar en el salón, dijo en voz baja:

—Mi prima Anne no es hija de Sir Lewis De Bourgh. Durante muchos años ese matrimonio fue estéril. Mi padre descubrió que Anne fue concebida en realidad en Pemberley, en una liaison ilícita con otro invitado de la casa. Lady Catherine hizo pasar a la niña como hija de su esposo, y él nunca lo negó, pero no podía ser posiblemente cierto. Padre me dejó una carta con pruebas documentadas, en caso de que alguna vez necesitara frenar a Lady Catherine. Hay varios primos De Bourgh que la sacarían de Rosings en un instante, si alguna vez pudieran probar que Anne no es la verdadera heredera.

—¿Realmente la habrías expuesto?

—¡No! Bueno, tal vez a Lady Catherine, pero no a Anne. Anne tiene tisis; es poco probable que viva más de unos pocos años, y entonces sus primos se pelearán por Rosings como un perro con un hueso de todos modos. Incluso si Anne se casara, tendría que tener un hijo para heredar de ella; su marido no obtendría la propiedad si ella muriera sin hijos. Lady Catherine quería que me casara con Anne para poder conservar Rosings durante la vida de Anne, y luego mudarse a Pemberley —que siempre ha codiciado— tras la muerte de Anne.

—Debe ser profundamente infeliz —dijo Elizabeth con tristeza, y Darcy le sonrió, mirando alrededor del vestíbulo para comprobar que estaban solos.

—Incluso después de que te insultara tan gravemente, sigues siendo amable con ella. *Tú* eres la verdadera dama —y bajó la cabeza y rozó ligeramente sus labios con los suyos.

Era una experiencia bastante encantadora, ser besada por el señor Darcy, descubrió Elizabeth, y se inclinó hacia él inconscientemente, levantando sus manos hacia su pecho para mantener el equilibrio. Un momento después estaba en sus brazos y siendo besada de manera mucho más exhaustiva. Ninguno de los dos oyó la puerta de la biblioteca abrirse, ni siquiera la tos del señor Bennet.

—Disculpen —dijo el señor Bennet bastante alto después de dos toses y un fuerte aclaramiento de garganta. Darcy y Elizabeth se separaron de un salto, ambos sonrojados—. Sé que el cortejo en estos días podría considerarse que ofrece a un caballero un poco más de libertad en sus acciones, pero no con una de *mis* hijas, señor Darcy.

—Señor —fue todo lo que Darcy pudo decir. Elizabeth, incapaz de mirar a su padre, abrió apresuradamente la puerta de la sala y entró. Solo para detenerse, con las manos en la boca, al contemplar la escena ante ella.

Las dos parejas que quedaban en la sala estaban de espaldas entre sí. El señor Hutton y Mary seguían en la mesa, pero él tenía una de sus manos firmemente colocada sobre la de ella en el libro, y su otra mano estaba en la mejilla de ella, enrollando un rizo suelto alrededor de sus dedos. Sus ojos estaban fijos en el rostro sonrojado de Mary, con una sonrisa curvando su boca mientras ella lo miraba tímidamente.

Jane y el señor Bingley, junto a la chimenea, se inclinaban el uno hacia el otro, besándose con tanta pasión como Elizabeth y el señor Darcy lo habían hecho unos momentos antes.

—Entonces —dijo el señor Bennet, mientras todos se separaban de un salto y lo miraban fijamente—, ¿quién va a ser el primero?

~~~~~~~~~~~~~~~~

Y así, una brillante mañana de invierno poco después de Navidad, hubo una triple boda en la iglesia de Longbourn. La señora Bennet se había lamentado del tiempo limitado para preparar tres ajuares, pero todos sus futuros yernos le habían asegurado que planeaban llevar a sus novias a ser equipadas en las mejores modistas que Londres pudiera ofrecer. Como la señora Gardiner había prometido que tendrían solo las mejores telas de Importaciones Gardiner también, la señora Bennet quedó bastante satisfecha escribiendo largas listas de las cosas que necesitarían y pasándoselas a su hermana. Ella misma tenía la intención de estar bastante ocupada en Longbourn supervisando la educación adicional de Kitty y Lydia.

El señor Darcy había sugerido que las dos hijas menores de los Bennet podrían disfrutar compartiendo una temporada en la ciudad con su hermana Georgiana, cuando ella fuera presentada el año siguiente. Georgiana se había encariñado de inmediato con la amistosa Kitty y la vivaz Lydia, teniendo pocas amigas de su edad, y ellas estaban asombradas por sus logros, su gracia natural y su guardarropa muy costoso.

Conocer a Georgiana había hecho que la señora Bennet se diera cuenta de cuánto camino les quedaba aún a Kitty y Lydia antes de que pudieran ser consideradas verdaderas damas, y se había lanzado a la empresa con gran propósito. Como Elizabeth había predicho, todo lo que se
~~~~~~~~~~~~~~~~

requería era que la señora Bennet indicara su desaprobación, y Lydia se alineó, con Kitty siguiéndola como siempre.

La señora Gardiner observó, con los ojos llorosos, cómo sus tres sobrinas caminaban por el pasillo, una a la vez, su padre regresando al fondo de la iglesia cada vez para recoger a una hija y llevarla hasta su novio. Los tres jóvenes se veían nerviosos pero felices. El señor Bingley sonrió durante todo el servicio, al igual que Jane.

Sus sonrisas auguraban una vida larga y feliz juntos, la señora Gardiner estaba segura, especialmente si el señor Bingley mantenía su resolución con respecto a esa hermana suya y se negaba a permitirle vivir con ellos. Caroline Bingley se sentaba en el banco al otro lado de la iglesia frente a la señora Gardiner, con los ojos cerrados, aparentemente incapaz de soportar la vista de las felices parejas de pie frente al altar.

Madeline Gardiner sonrió para sí misma. Ya le había dado a Jane algunos consejos sobre cómo asegurarse de que el señor Bingley siempre pusiera los deseos de su esposa en primer lugar. Su sobrina mayor era una chica tranquila, pero no tonta, y había escuchado atentamente.

El señor Darcy y Elizabeth sonreían menos, pero sus ojos estaban llenos de conocimiento secreto mientras pronunciaban sus votos, cada uno con voz clara y firme. Estaban entrando en este matrimonio con los ojos bien abiertos, con pleno conocimiento de que ninguno de los dos era perfecto. Eran caracteres fuertes y sin duda habría momentos de conflicto en el camino, pero su amor mutuo los ayudaría a superar los malos momentos tanto como los buenos.

El señor Hutton tartamudeó aún más de lo habitual al decir sus votos, pero Mary se mantuvo sin mostrar signos de impaciencia y con una suave sonrisa en su rostro. Él apretó sus manos y lo logró al final, y nadie dudó de su sinceridad. Mary sería buena para él, pensó Madeline, y él para ella; y hasta donde ella sabía, el Conde de _____ gozaba de excelente salud, así que la chica debería tener años para aprender los deberes de una Condesa.

—Estás sonriendo con demasiada suficiencia, mi casamentera esposa —murmuró una voz baja en su oído, y ella se volvió para sonreír a su esposo, su querido Edward. Jane Bennet se parecía a su tío, y él era tan alto, rubio, de ojos azules y guapo ahora como lo había sido cuando se conocieron hace once años, pensó Madeline, en los días oscuros después de la tragedia de Louise y la prematura muerte de su padre.

—Solo estoy feliz de verlos tan bien establecidos —dijo ella.

—¿Y crees que tu precipitado viaje a Longbourn hace un mes podría haber ayudado a que esto sucediera? —Edward Gardiner arqueó una ceja, muy al estilo de Elizabeth.

Madeline sonrió mientras su esposo le ofrecía el brazo para que lo tomara, siguiendo a los recién casados fuera de la iglesia.

—Tal vez.



# Epílogo

*GRACECHURCH-STREET*

*7 de abril de 1812*

*Mi querida señora Darcy:*

*¡Oh, qué bien suena eso! Me complace tanto poder escribirlo, sabiendo que ese es tu nombre de ahora en adelante. Querida Lizzy, sé que a estas alturas ya habrás llegado a Pemberley y habrás comprobado que ninguna de mis descripciones ha sido en lo más mínimo exagerada. ¿Has visto alguna vez un lugar tan hermoso, por el que la naturaleza haya hecho más, o donde la belleza natural haya sido tan poco contrarrestada por el mal gusto? Las flores primaverales estarán floreciendo alrededor del lago, y el bosque estará lleno del canto de los pájaros. Sin embargo, te perderás en los senderos si no llevas un guía, pues son muy extensos. Estoy segura de que el señor Darcy ya habrá pensado en eso y habrá asignado a un jardinero para que te siga en tus paseos.*

*Te veías tan bien cuando te vi por última vez en la cena de los Bingley, que debo confesar mis sospechas de que las flores primaverales podrían no ser lo único que florezca en Pemberley este año. Llevas tres meses casada, y aunque sería demasiado pronto para sentir movimiento, otros signos podrían ser evidentes. Sé que discutí estas cosas contigo, Jane y Mary antes de tu matrimonio —no puedo pensar que sea apropiado que las jóvenes entren en el matrimonio completamente ignorantes— si tienes alguna pregunta que quieras hacerme, estoy a tu disposición. Por supuesto, si mis sospechas son incorrectas, ignora por completo estas divagaciones.*

*¡Cómo ansío verte este verano! El señor Darcy me prometió que para entonces te enseñaría a conducir un pequeño faetón con ponis, y me llevarás por todo el lago y los límites del parque, ¡pues son diez millas alrededor y demasiado lejos incluso para ti a pie, mi querida Lizzy! Qué*

*agradable tiempo pasaremos todos juntos, aunque solo estaremos con ustedes dos semanas antes de ir a ver a Charles y Jane en Angel's Rest, y luego a Hutton Bonville para visitar a Mary y John. Mucho mejor que los Lagos, nuestro destino original, aunque quizás podríamos ir todos juntos allí el próximo año. Darcy parecía pensar que a ambos les gustaría eso.*

*Bueno, ya casi he llenado mi papel y debo irme ahora, querida, aunque sé que tu esposo no escatimaría ni un momento en pagar otra página. Aún debo escribirle a Mary y mi tarde casi ha terminado. Tu tío y tus primos te envían su más cariñoso amor y esperamos con muchas ganas verte en junio.*

*Con todo mi amor como siempre,*

*Tu querida*

*Tía Madeline*



*Pemberley*

*12 de abril de 1812*

*Querida tía Madeline:*

*¿Qué puedo decir sino que tienes, como siempre, razón en cada detalle?*

*Mi esposo y yo estamos asombrados por tu perspicacia.*

*Tu sobrina que te quiere,*

*Elizabeth Darcy*



*~ Fin ~*



¡Espero que hayas disfrutado esta historia! Sigue leyendo para disfrutar de un capítulo de muestra gratuito de ***Relaciones Infames***.

*En esta conmovedora variación de Orgullo y Prejuicio, ocurre lo impensable…*

*La visita de Elizabeth Bennet a Hunsford toma un giro oscuro cuando es brutalmente atacada por la última persona que habría sospechado: su propio primo, el Sr. Collins. Mientras la chocante verdad sobre la naturaleza depravada del Sr. Collins sale a la luz, Elizabeth debe luchar para recuperar su vida y su lugar en la sociedad.*

*Por suerte, no está sola. El Sr. Darcy, el Coronel Fitzwilliam, Charlotte y Jane se unen para descubrir toda la verdad y proteger a Elizabeth a cualquier costo. ¿Pero podrá Elizabeth dejar de lado sus prejuicios hacia el orgulloso Sr. Darcy lo suficiente como para aceptar su ayuda y su amor?*

*En esta apasionante reinterpretación de Orgullo y Prejuicio, llena de dolor y esperanza, los caminos de la pasión y la decencia se cruzan de maneras peligrosas. Elizabeth y Darcy deben superar amargos malentendidos para, al final, encontrarse el uno al otro.*

*Con valentía, humor y un espíritu indomable, Relaciones Infames lleva la novela más querida de Jane Austen a un territorio completamente nuevo.*



# Relaciones Infames - Capítulo de muestra

—LE RUEGO QUE TENGA la cortesía de leer esta carta.

Antes de que pudiera protestar diciendo que no podía aceptar ninguna carta de él —¡qué impropiedad sería tal acción!—, él ya la había metido en su mano.

Elizabeth miró fijamente el papel doblado en su mano, con su nombre claramente escrito en el exterior con la firme caligrafía del señor Darcy. Levantó la vista para hablarle, para decirle que no podía aceptar tal carta; pero su espalda ya se alejaba entre los árboles de la arboleda. Mordiéndose el labio, volvió a mirar la carta.

—Supongo que tanto da leerla como no —murmuró, y rompió el sello con dedos que, se sorprendió al notar, temblaban ligeramente.

En ese preciso instante, se sobresaltó por un retumbar de truenos. Al mirar hacia arriba, vio una línea de nubes negras de tormenta que avanzaban desde el sur, borrando el buen día. Las nubes se movían rápidamente, pero calculó que, si se daba prisa, podría llegar a la seguridad de la casa parroquial antes de que estallara la tormenta. Metiendo la carta aún sin leer dentro de su spencer para mantenerla seca, comenzó a caminar a su paso más rápido de vuelta por el sendero hacia la casa parroquial.

Excelente caminante como era, Elizabeth aun así no fue lo suficientemente rápida para vencer por completo a la tormenta. Gruesas gotas de lluvia caían del cielo antes de que la casa parroquial estuviera siquiera a la vista, y para cuando llegó a la verja, su spencer estaba muy húmedo y sus faldas embarradas.

Apresurándose por el camino mientras la lluvia caía cada vez con más fuerza, Elizabeth se precipitó dentro y casi chocó con su primo.

—¡Prima Elizabeth! —el señor Collins retrocedió, sobresaltado—. ¿Qué está haciendo? Creí que había ido con Charlotte y Maria a visitar a la señora Garman... seguramente no están con usted,

¿bajo la lluvia?

—No, señor, fui a dar un paseo. No sabía que planeaban salir —respondió Elizabeth, pasando junto a él y dirigiéndose al salón, donde esperaba encontrar un fuego encendido. Estaba bastante mojada y sus dientes comenzaban a castañetear. Tirando de las cintas empapadas de su sombrero, finalmente logró quitárselo y lo dejó caer sobre la mesa antes de acercarse al fuego.

—Debe tener más cuidado, prima —dijo el señor Collins untuosamente—. Si me hubiera preguntado antes de salir, podría haberle dicho que probablemente habría una tormenta esta mañana. De hecho, Lady Catherine lo predijo ayer en la cena, a la que lamentablemente usted faltó.

Elizabeth apretó los dientes, tratando de ignorar sus tontas palabrerías. Desabrochando su spencer empapado, luchó por quitarse la tela empapada de sus brazos mojados, sin notar por un momento el papel doblado que cayó al suelo.

El señor Collins miró hacia abajo, frunciendo el ceño. Reconoció el sello en el reverso al instante —¿acaso Lady Catherine no le había mostrado varias cartas de su sobrino?— y se agachó para recogerlo.

—¿Cómo llegó esto a sus manos, prima Elizabeth? ¿Lo dejó caer el señor Darcy en algún lugar? —dándole la vuelta, miró la dirección en el frente.

*Señorita Elizabeth Bennet.*

—¡Usted *ramera*!

—¡Señor Collins! —Elizabeth jadeó horrorizada, retrocediendo al ver la carta en su mano.

—Lady Catherine me advirtió... oh, ella la vio lanzando sus encantos hacia él. "Señor Collins", dijo, "vigile a su prima. Busca tentar a los hombres buenos y alejarlos de su deber".

—Señor Collins, yo no he...

—*¡Guardará silencio!* —tronó, alzándose sobre ella. Era un hombre alto y corpulento, y la pequeña y ligera Elizabeth, que hasta ese momento nunca se había sentido intimidada en su vida, de repente temió que la golpeara. Se encogió.

—¡Lo supe en Longbourn, cuando me rechazó! Arrastrando su cola como una perra en celo, y luego rechazándome para aumentar mi ardor, oh sí, ¡pero yo conocía su juego! Elegí a una mujer buena y virtuosa en su lugar, y ahora ha puesto sus miras en un premio mayor... pues bien, *usted* no lo tendrá. Él nunca se casaría con usted —el señor Collins se burló—, el mero hecho de que le escriba debería decírselo. Una casa en Londres o una casita en su finca es todo lo que el señor Darcy, o cualquier otro hombre decente, le ofrecería.

Presionada contra la pared, negando con la cabeza en un horrorizado y mudo rechazo, Elizabeth sintió que todo su cuerpo temblaba ante la ira sin sentido de su primo mientras él se paseaba frente a ella.

—Bueno —el señor Collins se dio la vuelta y la miró fijamente, y luego hizo una pausa, aparentemente impresionado por algo.

Elizabeth miró alrededor para ver qué había captado su atención. Comprobando la dirección de su mirada, se dio cuenta de que estaba fija en su pecho, que subía y bajaba rápidamente bajo el delgado y húmedo corpiño de su vestido con su respiración asustada y jadeante. —No —fue todo lo que tuvo tiempo de jadear antes de que él se abalanzara sobre ella.

—¿Por qué deberías dar tan libremente a *él* lo que me niegas a mí? —fue todo lo que dijo el señor Collins antes de que su boca aplastara la de ella, sus manos desgarrando su vestido—. Solo una pequeña probada —jadeó, su aliento caliente contra la mejilla de Elizabeth mientras ella luchaba por escapar, moviendo la cabeza de un lado a otro, incapaz de gritar ya que no podía respirar. Él la estaba aplastando contra la pared, sus manos brutalmente ásperas sobre sus senos, su pierna forzando entre las de ella y frotándose duramente contra ella.

—Puedes quedarte en Longbourn. Todos podemos vivir allí felizmente juntos —gimió el señor Collins, frotando sus caderas contra ella, perdido en alguna fantasía enferma. Elizabeth finalmente vio su oportunidad y logró empujar una mano con fuerza bajo su barbilla, echándole la cabeza hacia atrás. Él quitó su peso de ella por el más mínimo instante y ella le pisó el pie con fuerza.

—¡Ay! ¿Por qué fue eso? Elizabeth... —dio un paso atrás y ella corrió, fuera de la habitación, fuera de la casa, sin saber adónde iba; sin importarle la lluvia que aún caía, se aferró a su corpiño desgarrado y corrió hasta que se le acabó el aliento. Finalmente cayendo de rodillas, incapaz de correr un paso más, miró hacia arriba y reconoció que estaba en un sendero donde varias veces se había encontrado con el señor Darcy.

*¿Corrí hasta aquí esperando verlo?* no pudo evitar preguntarse. Él la ayudaría, de eso no tenía duda, a pesar de las duras palabras que habían intercambiado la noche anterior. Se puso de pie con dificultad y comenzó a caminar. Presentarse en Rosings en este estado sería un desastre, pero no tenía otro lugar adonde ir. Solo sabía que Darcy la ayudaría. Poniendo un pie lentamente delante del otro, otro estruendo de truenos la hizo saltar.

Entrando en pánico, miró detrás de ella, esperando irracionalmente ver al señor Collins persiguiéndola, y su pie resbaló en el barro del sendero. Sosteniendo su vestido con ambas manos como estaba, no pudo salvarse, y rodó por el terraplén cubierto de hierba al lado del

sendero. El arroyo en el fondo, que burbujeaba alegremente sobre las piedras y que siempre parecía tan atractivo bajo el sol, de repente se veía frío y traicionero. Con un grito, Elizabeth cayó indefensa, de cabeza. Su cabeza golpeó una roca sobresaliente y de repente se quedó inmóvil.



¿Quieres saber qué sucede después? ¡Lee ***Relaciones Infames*** ahora!



# Otros libros de la autora Catherine Bilson

**LA SERIES Las Novias Ruborizadas**
**Un Conde para Ellen**
**Un Marqués para Marianne**
**Un Duque para Diana**
**Un Capitán para Clarissa**

La series **Variaciones de Orgullo y Prejuicio**
Las Mejores Relaciones
Relaciones Infames
Un Milagro de Navidad en Longbourn
Penas y Agravios
La Segunda Señora Bennet
Un Luto en Longbourn
Los Entrometidos Matlock

**Otros libros**
**Su Querida Duquesa**
**La Novia Dijo No**

¡Estate atento a mi nueva serie *Las Novias de Belle Haven*, que llegará pronto!